

LA IZQUIERDA ORTEGUIANA

THE ORTEGUIAN LEFT

Manuel Jesús López Baroni
Universidad Pablo de Olavide. Sevilla
E.mail: mjlopbar1@upo.es

Recibido: julio de 2011.
Aceptado: septiembre de 2011.

Palabras clave: Ortega y Gasset; Primo de Rivera; Onésimo Redondo; Giménez Caballero; Ledesma Ramos

Keywords: Ortega y Gasset; Primo de Rivera; Onésimo Redondo; Giménez Caballero; Ledesma Ramos; Phalanx; fascism; socialism; marxism; Second republic.

RESUMEN: Ortega es el filósofo más señero del liberalismo español y la Falange el partido más simbólico de la extrema derecha española. Esta afirmación, que representa la versión oficial de nuestra historia, deja en el limbo una anomalía irresuelta, y es la de cómo y por qué pudieron los falangistas, un movimiento de raíz fascista, inspirarse en Ortega. Liberales y falangistas temían que la clase obrera sucumbiera ante los encantos del llamado socialismo real. Con objeto de evitarlo Ortega propuso un modelo socioeconómico, el capitalismo de Estado, que deslumbró a los falangistas. Pero para atraerse a la clase obrera era preciso mimetizar el discurso socialista.

ABSTRACT: Ortega is the most unique philosopher of the Spanish liberalism, and the Phalanx the most symbolic party of the extreme Spanish right. This affirmation, which represents the official version of our history, leaves in the limbo an unresolved anomaly, and is how and why the Falangists could, a movement of fascist root, inspire in Ortega. Liberal and Falangist were afraid that the working class was succumbing before the captivations of the so called real socialism. In order to avoid it Ortega proposed a socioeconomic model, State capitalism, which dazzled the Falangists. But to attract to the working class was precise imitate the socialist speech.

1. Introducción

Como entomólogos de las ideas calificamos las ideologías, los partidos políticos, los intelectuales o los textos de «derechas» o de «izquierdas» en aras de la claridad, la simplificación y la seguridad. Sin embargo, y al igual que ocurre con otros conceptos *científicos*, como los de *planeta*, *información genética*, *nación* o *raza*, pagamos un precio no desdeñable al sacrificar la complejidad de las situaciones, ocultar las anomalías, expurgar los particularismos, generalizar singularidades y cuantificar la subjetividad. El objetivo último de una clasificación es empacar los hechos en taxones que estiramos o reducimos a conveniencia, con objeto de adaptar la realidad a nuestras convenciones y expectativas. Por ello, calificar una ideología de derecha o de izquierda simplifica ítems de información inconmensurables, posiciones entrecruzadas y reformulaciones ideológicas insospechadas.

Ortega es el filósofo más señero del liberalismo español, y la Falange es el partido más simbólico de la extrema derecha española. Esta afirmación, que representa la versión oficial de nuestra historia, deja en el limbo una anomalía irresuelta, y es la de cómo y por qué pudieron los falangistas, un movimiento de raíz fascista, inspirarse en Ortega. Liberales y falangistas temían que la clase obrera sucumbiera ante los encantos del llamado socialismo real. Con objeto de evitarlo Ortega propuso un modelo socioeconómico, *el capitalismo de Estado*, que deslumbró a los falangistas. Pero para atraerse a la clase obrera era preciso mimetizar el discurso socialista.

Analizamos en el presente trabajo qué relación hubo entre el pensamiento orteguiano y el falangista, con objeto de averiguar por qué el fascismo español pudo ser influido por las tesis de uno de los más conspicuos representantes del liberalismo español. Para ello, examinaremos el discurso socioeconómico del falangismo, lo que nos permitirá comprender cómo pudo inspirarse en el orteguismo de la misma forma en que lo hizo en el catolicismo o en el socialismo.

2. Estado fuerte frente a Estado totalitario

Las teorías clásicas neoliberales principian en la idea de un Estado reducido a la mínima expresión, de forma que sea el libre juego de los intereses particulares el motor de la sociedad, incluida la economía. Como señala con acierto Pedro González¹, los mayores críticos de Ortega son los seguidores de Hayek y Von Mises, es decir, los neoliberales defensores a ultranza de la economía de mercado y del Estado mínimo. Para ellos, Ortega representa lo contrario al liberalismo, y la causa de esta opinión reside en los propios textos orteguianos:

Hay, pues, que emprender a fondo la reforma económica de la Sociedad. [...] Esto se puede conseguir, sobre todo en España, haciendo que la Economía Nacional se estaticé progresivamente. [...] Dejando a un lado las razones morales y políticas, acontece que la evolución misma de la Economía obliga a reducir al minimum el liberalismo económico. [...]

Previa y más honda que la cuestión del capitalismo o no capitalismo es la de proceder a la intervención estatal de la vida económica. [...] Primero se comenzará por dirigir desde el Estado el proceso económico nacional *en sus grandes líneas*. [...] A esto llamamos –frente al liberalismo económico– la *economía organizada*. (Ortega²)

Pues bien, el primero en advertir esta contradicción entre el supuesto liberalismo orteguiano y sus propuestas *estatalistas* fue uno de los ilustres falangistas, Giménez Caballero. En efecto, en su obra *Genio de España* ya destacaba cómo Ortega podía ser situado en la antítesis del liberalismo político por su defensa del Estado fuerte y del liderazgo autoritario. Así, comentando la famosa *España invertebrada* señalaba:

c) Estado frente a liberalismo: En la *España invertebrada* no emplea Ortega esa expresión que constituiría más adelante la fórmula de lo que –con su táctica sibilina– no se atreve jamás a confesar. ¡Peregrina capciosidad la del «estado fuerte»! En cambio, en las páginas 124 a 127 pueden verse las ironías y críticas sobre el liberalismo de los siglos XVIII y XIX.³

Giménez Caballero resaltó también la concepción autoritaria del poder defendida por Ortega, atribuyéndole la solicitud de «responsables y cesáreos que asumiesen la tragedia heroica del Mandar frente a muñecos mediocres irresponsables y parlamentarios que eludiesen constantemente la noble tarea de gobernar mundos». Por eso su conclusión no era que la concepción estatal orteguiana defendida en España inverte-

brada influyera en la Falange española, sino que esas ideas eran en sí mismas las tesis del fascismo italiano.

(Son citas de Guicciardini y Maquiavelo, aplicadas entonces –en el XVI– a la España cesárea, y hoy revalorizadas –además de por Ortega– sépanlo ustedes, amigos, y sépalo sobre todo usted, Ortega: por el fascismo romano).⁴

La recepción falangista de las ideas orteguianas no se tradujo en la defensa de un Estado totalitario, sino en la de un *Estado fuerte*, («España puede tener un Estado fuerte, porque es, en sí misma, una unidad de destino en lo universal», Primo de Rivera⁵; «Escribe Ortega, y suscribimos íntegramente, «EL ESTADO ANTE TODO [...]» (Ledesma Ramos⁶). En repetidas ocasiones Primo de Rivera rechazó la creación de un Estado totalitario o el panteísmo estatal («Por eso es divinizar al Estado lo contrario de lo que nosotros queremos⁷ [...] empezamos por aceptar la realidad del individuo libre, portador de valores eternos» Primo⁸). Es un dato relevante, ya que aunque el fascismo italiano y el falangismo español emplearon en numerosos textos la expresión *Estado totalitario* (los falangistas lo incluyeron en sus principios programáticos⁹), los historiadores coinciden en señalar que el Estado mussoliniano no fue propiamente totalitario, y los principales teóricos del falangismo español tampoco defendieron un modelo paragonable al Estado nazi o al estalinista.

Frente al Estado que invade todas las parcelas de la esfera humana, el falangismo, católico al fin y al cabo, rehuyó de la divinización y la hipertrofia del aparato estatal,¹⁰ probablemente porque en

el fascismo español el poder sobre el individuo debía ser compartido con la Iglesia, y ésta, a diferencia de la protestante, no podía ser absorbida por el Estado sin desnaturalizarse. La Falange descentralizaba el poder entre el sindicato, el municipio, y la familia. Aunque rechazaban el constitucionalismo y las declaraciones universales de derechos humanos, no por ello concedían al Estado un poder omnímodo: quien ejercía el poder estatal estaba sometido en última instancia a la moral católica.¹¹ Por ello, tendríamos que distinguir entre el Estado-panteísta o Estado totalitario propiamente dicho, sin límites por encima, propio del estalinismo y el nazismo, y el Estado-fuerte o impropriadamente totalitario de los falangistas, condicionado en última instancia por el iusnaturalismo en su vertiente católica. Otra cosa es que su sociedad pudiera ser tan claustrofóbica como la de un Estado totalitario, pero en todo caso sería un totalitarismo compartido. La hipertrofia estatal ahogaría a la familia, y ésta era propiedad de la Iglesia, no del Estado.

Por eso es también de destacar la crítica de la Falange al anarquismo. Aunque tomaron prestados los colores roji-negros para su bandera y emplearon numerosas expresiones coincidentes con el campo semántico de los anarquistas,¹² hasta el punto de influir en algunos de ellos, Primo de Rivera se preocupó expresamente de marcar las diferencias: «El anarquismo es como el silencio: en cuanto se habla de él se le niega»¹³. El Estado anarquista es el *Estado cero*, inexistente, un paso previo al Estado liberal y justo en el polo opuesto al defendido por los falangistas, por lo

que la conversión de los anarquistas requeriría que abjuraran de sus dogmas sobre el poder constituido, de ahí el fracaso en los esfuerzos por abducirles.¹⁴

En conclusión, era razonable que pudieran inspirarse en Ortega para su modelo político. El Estado fuerte orteguiano era coherente con su concepción del hombre masa, de la hiperdemocracia y de la necesidad de una élite que gobernara al rebaño. Sin embargo, las ideas de Ortega no servirían nunca de sustento para un paso más, para un panteísmo estatal, ya que el Estado totalitario ahogaría tanto al individuo como a la minoría selecta que le serviría de guía; a su vez, los falangistas tampoco podían subir otro tramo más en el poder estatal porque su religión se lo impedía. De ahí la posibilidad de absorber y adaptar las tesis orteguianas.

3. España como nación armonizada

La segunda idea relevante que acogieron los falangistas del pensamiento orteguiano fue la de nación. La conocida expresión de Ortega «nación como empresa en común» es aparentemente inocua, ya que sus connotaciones son neutrales. Para Ortega la nación no es una comunidad vinculada por un pasado, una lengua, o una raza, sino una comunidad en torno a un proyecto en común que mira hacia el futuro. Esta concepción, genérica y vitalista, puede resultar atractiva para los miembros de cualquier ideología, de ahí que la receptaran también los falangistas.¹⁵

Sin embargo, la expresión no es meramente política (nación como empresa en común, sin tener en cuenta la raza, la lengua o el territorio), sino que principalmente es socioeconómica (obreros y capitalistas sacrificando sus intereses particulares en aras de un proyecto nacional), y es aquí donde radicó su interés para Falange. Así, Ortega afirmaba que:

Capitalistas y obreros tienen que aprender a integrarse bajo el imperio del interés nacional. Por eso llamamos conjuntamente a unos y a otros pidiendo a ambos el fértil sacrificio de sus particularismos. [...] La Nación es el derecho supremo, el trabajo es la máxima obligación civil, el instrumento con que ha de organizarse el nuevo Estado [...] Cada español debe ser situado en el lugar donde pueda dar mayor rendimiento nacional, sea cualquiera su pasado político. [...] –NACIÓN Y TRABAJO–, he aquí nuestro lema [...] las dos instancias últimas sobre que hay que cimentar la nueva política republicana, estas dos: nación y trabajo.¹⁶

A primera vista, la expresión «Nación y Trabajo» podría ser calificada de un buenismo ingenuo, un llamamiento a la unidad en un contexto prometedor, como la II República, y a la vez crítico. Sin embargo, la idea de nación en Ortega no se debe deslindar de su concepción del vulgo como hombre masa que debía ser dirigido por una élite, ni de su sentido aristocrático y conservador de la política. Desde luego, no tiene nada que ver con el liberalismo y está en las antípodas de la defensa de la economía de mercado. Hay cuatro ideas claves en

Ortega que están entrelazadas: a) la «nación como empresa en común»; b) la subordinación de la lucha de clases al «interés nacional»; c) la comunión de intereses entre «capitalistas y obreros»; d) la deslegitimación de la clase obrera a través de la idea de «hombre masa». Estas ideas permitieron a la Falange instrumentalizar las tesis orteguianas y reubicarlas en el ideario falangista. En las revistas fascistas, las ideas orteguianas fueron reabsorbidas y regurgitadas: «[...] encuadrando al señorito y al obrero en una tarea nacional, hora es ya de pensar con seriedad en humano, quiero decir, en cristiano, en español» (*La Patria Libre*, Aguado¹⁷). Pues bien, esta adaptación la llevó a cabo la Falange a través de dos expresiones: a) la «patria como unidad de destino en lo universal»; y b) la idea de «Patria, Pan y Justicia».

En efecto, en primer lugar, la concepción orteguiana de la nación como empresa en común fue traducida al falangismo mediante otra expresión tan conocida como descontextualizada cuando ha sido objeto de comentario: «la patria como unidad de destino en lo universal».¹⁸ A priori dicha frase es un blanco fácil para la ironía, dado su sentido grandilocuente y huero.¹⁹ Sin embargo, tiene un significado más profundo de lo que se vislumbra a primera vista, ya que es coherente con el fascismo y está imbricada con la idea de la Patria, el Pan y la Justicia.

El fascismo aspira a superar los conflictos de clase entre obreros y capitalistas, pero en un difícil equilibrio que trata de evitar que los obreros caigan en las fauces del comunismo a la vez que se

preserva en lo esencial el sistema capitalista. Aunque esta última idea requiere más matización en el caso de la Falange, resulta importante destacar que la comunión de intereses entre capitalistas y obreros fue muy bien acogida por los falangistas. Así, Primo de Rivera empleó expresamente el lenguaje orteguiano²⁰ para formular los principios programáticos de su movimiento: «Falange Española aspira a devolver a España la fe en la empresa común»:

Hay quienes suponen que el movimiento nuestro es un ataque: que luchamos porque la burguesía se encuentra en peligro y tenemos que defenderla, pero no: lo que queremos es que todos los del pueblo participemos de nuestra Patria grande, de nuestra Patria noble, de nuestra Patria única, y que con nuestro esfuerzo podamos sacarla a flote, corriendo todos la misma suerte, a semejanza de los que caminan en un barco que, si éste naufraga, pierden todos la vida, y si alguno consiguiese llegar a puerto seguro, todos llegarán con él a ese puerto seguro. A eso venimos nosotros. A devolveros la fe para esta empresa común en que todos somos lo mismo.²¹ [...] La lucha de clases ignora la unidad de la Patria, porque rompe la idea de la producción nacional como conjunto. [...] Ni los obreros ni los patronos se dan cuenta de esta verdad: Unos y otros son cooperadores en la obra conjunta de la PRODUCCIÓN NACIONAL.²²

El paralelismo con Ortega es notable. Ortega trataba de influir en los socialistas para alejarles del comunismo (al que denominaba «colectivismo»), pero, a la vez, pretendía aunarles con los capitalistas e implicarles en una tarea nacional española:²³

[...] es menester, sobre todo, que vosotros los socialistas, tan buenos educadores, convenzáis pronto al obrero de que esa organización de España en pueblo de trabajadores, a que, como sabéis, nosotros aspiramos tanto como vosotros y deseamos se haga con aquel ritmo de celeridad posible —es menester que le convenzáis de que eso no se puede hacer, si previamente no se consigue un aumento del volumen de la riqueza nacional, y que eso no se logra si en la nave del socialismo no acertáis con entusiasmo a embarcar al capitalista—.²⁴

Ortega anunció el proyecto, pero no lo llenó de contenido. La clase obrera y los capitalistas debían sacrificar sus intereses particularistas y unirse en una causa común, nacional, que no nacionalista, etc., pero el problema era en qué consistía ese proyecto, esa tarea, esa empresa. Ese es el paso que dieron los falangistas. La «tarea en común» consistiría en la idea de *Imperio*. Primo de Rivera revistió ese proyecto neocolonialista con un halo trascendente e histórico, conectándolo con los Reyes Católicos; Giménez Caballero, de escritura más lírica que José Antonio, en estas cuestiones omitió cualquier veleidad poética: a la clase obrera hay que hacerle ver puede mejorar su condición, no a costa de su propia burguesía, sino del proletariado de otros países. De ahí nace el proyecto nacional («La patria como empresa histórica» Ledesma²⁵), la idea del nuevo imperio español: capitalistas y obreros españoles unidos desigualmente, no sólo entre ellos, sino frente a los capitalistas y los obreros de otros países, con respecto a los cuales hay que igualarse manu militari. El fascismo

sólo podía superar los conflictos de clase causados por el capitalismo si lograba evitar que la clase obrera se insuflara de comunismo. Y para ello era necesario un proyecto, una meta, una misión. El Imperio católico y la inmortalidad de la historia para Primo de Rivera y Ledesma Ramos, o simplemente arrebatarse al vecino lo que tenía de más, caso de Giménez Caballero. Las diferencias sociales sólo se amortiguaban acentuando las diferencias nacionales.^{26 27} Así, Primo de Rivera:

[...] este hombre desintegrado lo que está pidiendo a voces es que le vuelvan a poner los pies en la tierra, que se le vuelva a armonizar en un destino colectivo, con un destino común, sencillamente, llamando a las cosas por su nombre, con el destino de la Patria. La Patria es el único destino colectivo posible [...] la Patria es, cabalmente, lo que une y diferencia en lo universal el destino de todo un pueblo; es, como decimos nosotros siempre, una unidad de destino en lo universal.²⁸

En segundo lugar, la expresión orteguiana «NACIÓN Y TRABAJO» fue traducida por los falangistas con un matiz más populista: «Patria y Justicia» (o Patria, Pan y Justicia), expresión que además inspiraría la legislación sociolaboral franquista. Para evitar que la clase obrera sucumbiera a los rapsodas marxistas había que mejorar su calidad de vida, y eso pasaba por institucionalizar el pan. Así,

Patria y justicia para un pueblo sufrido. Nación y trabajo, dijo más tarde Ortega y Gasset²⁹ [...] Por eso queremos que se escape una España que dé enteras, otra

vez, a su pueblo las tres cosas que pregonamos en nuestro grito: la Patria, el pan y la justicia³⁰ [...] Nosotros integramos estas dos cosas: la Patria y la justicia social, y resueltamente, categóricamente, sobre estos dos principios incommovibles queremos hacer nuestra revolución.³¹³²

Hay una clara superposición entre las ideas socioeconómicas de Ortega y las defendidas por los falangistas. Ortega propugnó una «Economía organizada», «estatalizada», incluso «socializada»,³³ pero sin hundir al capitalista, al productor, y menos aún sin propiedad privada.³⁴ La *sindicación obligatoria*³⁵ orteguiana convertiría a todos los españoles en trabajadores,³⁶ con un Estado fuerte y una economía *cuasiplanificada* que marcara distancias claras con respecto al comunismo³⁷ para que no se «asustasen los capitalistas».³⁸ Para ello era necesario fomentar una comunión de intereses entre capitalistas y la clase trabajadora con objeto de que se unieran en una *tarea nacional* que concienciara a los obreros de su *nacionalidad* (Ortega³⁹): por encima de la clase social estaba la patria. No es de extrañar, por tanto, que estas ideas las pudiesen asumir como propias los falangistas, ya que las ideas «tarea común –Estado fuerte– armonía social» están íntimamente entrelazadas:

Todo eso son historias. La única manera de resolver la cuestión social es alterando de arriba abajo la organización de la economía. Esta revolución en la economía no va a consistir [...] en la absorción del individuo por el Estado, en el panteísmo estatal. Precisamente la revolución total, la reorganización total de

Europa, tiene que empezar por el individuo, porque es el que más ha padecido [...] ¿A qué se llama absorción del individuo por el Estado? Lo que pasa es entonces el individuo tendrá dos metas bien claras: lo que nosotros dijimos siempre; una, hacia afuera, afirmar a la Patria; otra, hacia adentro, hacer más felices, más humanos, más participantes en la vida humana a un mayor número de hombres. Y el día en que el individuo y el Estado, integrados en una armonía total, vueltos a una armonía total tengan un solo fin, un solo destino, una sola suerte que correr, entonces sí que podrá ser fuerte el Estado sin ser tiránico, porque empleará su fortaleza para el bien y la felicidad de sus súbditos (Primo⁴⁰).

4. La cuestión obrera

Ortega y Gasset fue especialmente sensible a la situación de la clase obrera, como lo demuestran numerosos párrafos dedicados a esta cuestión («La fiesta del Trabajo es lo que debe ser: una ostentación del dolor social. En ella el trabajador se arroja a sí mismo al rostro de la sociedad como un insulto, [...], y yo, cuando pasan estos niños tan mal vestidos, con sus pañuelos de seda morada o rojiza en torno a la garganta, siento en la mía una congoja.»⁴¹). Aunque Ortega dejó clara siempre su distancia con respecto al marxismo, señaló con acritud las desigualdades sociales, de ahí que a su primera etapa política se califique como «socialismo liberal».⁴²

Pues bien, al igual que Ortega, los falangistas, y en especial Primo de Rivera, dedicaron numerosos textos a de-

nunciar la lamentable situación de la clase obrera.⁴³ Como ya ocurriera con otras ideas orteguianas, dieron un paso más y profundizaron en la veta. La denuncia de Primo de Rivera fue especialmente ácida:

El hambre del pueblo: he aquí otra angustia apremiante y a la que España puede poner remedio⁴⁴ [...] ahora se muere un obrero y saben los grandes señores de la industria capitalista que tienen cientos del miles de famélicos esperando a la puerta para sustituirle [...] La existencia de estas pobres gentes pondría los pelos de punta si la viéramos aplicada a los animales domésticos.⁴⁵

La raíz socialista de sus críticas es evidente: el liberalismo es una forma de hipocresía, ya que entroniza la libertad individual a la misma vez que sitia por hambre al obrero, que no puede elegir sus condiciones de trabajo,⁴⁶ teniendo que optar entre «morirse de hambre o aceptar las condiciones que le ofrezca el capitalista, por duras que sean» (Primo de Rivera⁴⁷). De ahí el mimetismo con el lenguaje marxista para acabar con la «explotación del hombre por el hombre» (O. Redondo⁴⁸) y con toda forma de usura, como la que «consiste en pagar al labrador para que no muera y siga trabajando», y todo ello aunque para lograrlo hubiese que «revolver violentamente si es preciso, como lo será, a la burguesía encastillada en sus numerosos feudos económicos» (O. Redondo⁴⁹).

La progresiva radicalización del discurso falangista se muestra en los ataques a la socialdemocracia, a la que llegan a considerar demasiado burguesa porque «conserva, esencialmente, el capitalis-

mo, pero se dedica a echarle arena en los cojinetes» (Primo⁵⁰). La consideraban «el último cartucho de la burguesía alfeñique y temblorosa, incapaz y reaccionaria» (Ledesma)⁵¹ para evitar la revolución obrera, hasta el punto de advertir a la clase trabajadora del conservadurismo socialista por no atreverse siquiera a proponer un control obrero real (Primo⁵²). Por otro lado, las propuestas falangistas llegaron a ser tan revolucionarias que alertaron a los sectores más conservadores: expropiación sin indemnización a los terratenientes⁵³ y nacionalización de la banca^{54/55} y de los servicios públicos. La crítica a los «señoritos» (con cierto sentido de la proyección psicoanalítica, dado que era precisamente el calificativo con el que se despreciaba a los falangistas por su origen social) se institucionalizó en los principios programáticos de la Falange, «Pero los zánganos, los que aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás, no merecerán la menor consideración del Estado nuevo»^{56 / 57}. Por ello, es razonable que el bando franquista llamara a los falangistas «nuestros rojos», y aún más que los desarticularan en cuanto tuvieran ocasión.

Por otro lado, y a pesar de su supuesto fervor *colectivizador*, el modelo socioeconómico de la falange era tan vago como indefinido:

Hay que hacer desaparecer este inmenso papel secante del ocioso privilegiado que se nutre del pequeño productor. Hay que transformar esta absurda economía capitalista, donde el que no produce nada se lo lleva todo, y al obrero que trabaja y crea riqueza no alcanza la más mínima

participación. España está en mejores condiciones que el resto del mundo para desmontar ese vicioso sistema. Cuando todos nos unamos y nos constituyamos en nuestros propios banqueros, y tengamos una organización corporativa propia, en una unidad de intereses y de aspiraciones, tendremos una economía nacional fuerte y robusta y habrá desaparecido la miseria (Primo de Rivera⁵⁸) [...] El Estado debe responder con su actividad a las necesidades económicas y a los imperativos de justicia social; no a determinadas abstracciones teóricas y a principios impalpables. (Onésimo Redondo⁵⁹)

No se declaraban «ni de derechas ni de izquierdas» (Onésimo Redondo⁶⁰; Ledesma Ramos⁶¹), aunque reprochaban que se atribuyese a las izquierdas «la exclusiva en la preocupación social fuerte, revolucionaria». Su posición sobre el resto de las ideologías tampoco ayudaba a situarles. Si el anarquismo era vacío y el socialismo demasiado burgués, el marxismo les parece una ideología contra natura, ya que eliminaba los problemas de la clase obrera retirándoles la trascendencia y la identidad, es decir, desarraigándoles espiritual y territorialmente. La concepción «materialista» de la vida, centrada en el sistema económico, se compadecía mal con su nacionalismo y su religiosidad («¡No los creáis! No hemos venido al mundo para comer y trabajar sólo, como los animales». Primo⁶²). Por ello, afirmaban que si el marxismo aspirara sólo a la revolución económica («hemos de superarlo —el marxismo—; pero no sin reconocerle honores de precursor muerto y agotado en los primeros choques» Ledesma Ramos⁶³), no habría de qué asustarse, pero

que sus propuestas violentaban las bases de la civilización occidental, ligadas básicamente al cristianismo. Desde otras atalayas, atacaban también al conservadurismo por estar compuesto de clases ociosas, capital improductivo, terratenientes egoístas y sanguijuelas que exprimían al obrero.

Con respecto a los liberales sostuvieron una posición hipomaníaca. Por un lado les imputaban hipostasiar al pueblo por entronizar la voluntad popular (la hiperdemocracia orteguiana) y promover el relativismo («el sufragio popular puede equivocarse [...] El bien y la verdad son categorías permanentes de razón, y para saber si se tiene razón, no basta preguntar [...] al pueblo –cuya voluntad, para los rousseauianos, es siempre acertada–, sino que hay que ver en cada instante si nuestros actos y nuestros pensamientos están de acuerdo con una aspiración permanente. [...] El Estado liberal no cree en nada, ni siquiera en sí mismo. El Estado liberal permite que todo se ponga en duda, incluso la conveniencia de que él mismo exista»).⁶⁴ Pero por otro lado se necesitaban mutuamente. Para los falangistas el modelo liberal estaba finiquitado («abominamos del caduco tiempo viejo», Laín Entralgo⁶⁵; «tránsito hacia una civilización postliberal» Redondo⁶⁶; «Somos postliberales [...] el individuo [ha muerto y] no tiene derechos frente a la colectividad política» Ledesma Ramos⁶⁷), pero desembocaría irremisiblemente en el comunismo a menos que se contuviera a la clase obrera. Por eso el falangismo les tendía la mano:

El proceso de hipertrofia capitalista no acaba más que de dos maneras: o inte-

rrumpiéndolo por la decisión heroica incluso de algunos que participan en sus ventajas, o aguardando la catástrofe revolucionaria, que, al incendiar el edificio capitalista, pegue fuego, de paso, a inmensos acervos de cultura y de espiritualidad. Nosotros preferimos el derribo al incendio, y estamos seguros de que ese derribo –que al alumbrar las nuevas formas de vida colocará a la cabeza del mundo a la primera nación que lo logre– es en España más fácil que en parte alguna, porque apenas tropieza con un gran capitalismo industrial, que es el más difícil de desarticular rápidamente⁶⁸ [...] El capitalismo liberal desemboca, necesariamente, en el comunismo. No hay más que una manera, profunda y sincera, de evitar que el comunismo llegue: tener el valor de desmontar el capitalismo, desmontarlo por aquellos mismos a quienes favorece, si es que de veras quieren evitar que la revolución comunista se lleve por delante los valores religiosos, espirituales y nacionales de la tradición. Si lo quieren, que nos ayuden a desmontar el capitalismo, a implantar el orden nuevo.⁶⁹

La argumentación es muy parecida a la que empleó la Iglesia católica en el siglo XIX con los liberales. La forma de evitar que la clase obrera abrazara el marxismo era reformar el capitalismo para hacerlo más llevadero. Por ese motivo, la Iglesia ofrecía su capacidad legitimadora y evangelizadora al Estado liberal a cambio de mantener su posición. Tanto la Iglesia, desde la segunda mitad del XIX, como el falangismo, se ofrecían al liberalismo como medio de contener a la clase obrera y evitar una revolución. Esta común posición frente al comunismo

explica muchas de las imbricaciones entre la Iglesia y el fascismo en la España de la época.

La cuestión clave era la posición con respecto al capitalismo: el falangismo aspiraba a derribar el sistema capitalista, pero no a *incendiario*, como proponían anarquistas y comunistas. El falangismo quería atacar a la gran banca, al terrateniente, y asegurar el pan a la clase obrera, pero a la vez garantizar la propiedad privada⁷⁰. Sus almas descarriadas eran los pequeños propietarios, los comerciantes y la clase obrera («los preferimos jóvenes, inteligencias tiernecitas» Ledesma Ramos⁷²), a quienes había que garantizar el orden, la propiedad privada⁷³ y un proyecto en común que les aunara. Es aquí donde encontraron nuevamente apoyo en Ortega.

Los liberales, con Ortega a la cabeza, temían que la II República derivara en una revolución comunista. Los falangistas, también. La situación de miseria de la clase obrera era bien conocida por ambos grupos, así como que esta situación era el caldo de cultivo en el que se gestaba un hipotético cambio de régimen. Por ello, había que mejorar las condiciones de vida de la clase obrera, no ya por *justicia social*, sino por pura supervivencia. El problema era cómo. El modelo económico del primer liberalismo generó esta situación, por lo que no era prudente mantener el constructo clásico del Estado nación-burguesía-liberalismo-sistema capitalista. Enfrente, la colectivización y la abolición de la propiedad privada marxista se postulaban como terrible alternativa. La solución que

propuso Ortega fue el *capitalismo de Estado*, un modelo socializante, con numerosos heterónimos («economía organizada»; «socialismo liberal»; «economía corporativa», etc.), que respetara la propiedad privada pero que dejara en manos estatales la organización de la economía, aunando los intereses de capitalistas y proletarios en aras de un proyecto en común. El nombre del modelo político que acogía dicho sistema económico era el de *Estado nacional*, una derivación del *Estado nación* clásico que trata de integrar al proletariado con objeto de evitar una deriva marxista de éste. El *Estado nacional* respeta la propiedad privada y el capitalismo, pero a la vez trata de superar la lucha de clases estatalizando los principales sectores económicos del país para mejorar las condiciones de vida de la clase obrera. La solución propuesta por la Falange fue la misma, un *Estado Nacional* basado en el *capitalismo de Estado*,⁷⁴ copiando literalmente la propuesta de Ortega.⁷⁵

Aun así, las diferencias entre ambos, Ortega y la Falange, no eran baladíes. Ortega pretendía que el obrero español fuese consciente de su nacionalidad, frente al internacionalismo marxista y en consonancia con el nacionalismo burgués, mientras que la Falange aspiraba a radicalizar esa conciencia nacional, frente al internacionalismo marxista pero en consonancia con el fascismo; Ortega aspiraba a unir a los obreros y a los capitalistas en torno a una *empresa en común*, mientras que los falangistas pretendían llenar de contenido esa *tarea nacional* a través de la idea neocolonial de *Imperio*; Ortega representaba el liberalismo, con todas sus contradicciones,

pero también con sus logros, como el Estado de Derecho o el parlamentarismo, mientras que los falangistas consideraban caducado el modelo liberal, eran aconstitucionales y renegaban de las declaraciones universales de derechos, basando su modelo jurídico-político en un personalismo sólo limitado por la moral católica;⁷⁶ el liberalismo orteguiano era heredero de la tradición ilustrada y moderna europea, mientras que el falangismo era un movimiento político que, aunque gestado en la modernidad (la única ideología nueva del siglo XX fue el fascismo), constituía paradójicamente una reacción contra los valores de la modernidad, el racionalismo, el individualismo, etc. Estos antagonismos explican el siguiente apartado.

5. Los hijos devorando a Saturno

La relación entre Ortega y los falangistas fue muy compleja. Ortega no escribió para ellos («La rebelión no fue leída por las clases burguesas a quienes iba dirigido, sino fundamentalmente por los falangistas», San Martín⁷⁷), y su talante aristocrático y conservador, incluso con ramalazos antidemocráticos, estuvo bien alejado del fascismo. Por otro lado, los falangistas le consideraron su padre intelectual y se inspiraron en buena parte de sus ideas, incluida la organización territorial, para crear un fascismo católico en España («Nuestra posición teórica véase y estúdiense en los libros del maestro José Ortega y Gasset, donde se hallará casi íntegra», Ledesma Ramos⁷⁸; «Nietzsche fue el padre espiritual de

Mussolini, de Hitler... y de un Baroja y un Ortega. Nuestros maestros» Giménez Caballero⁷⁹). Pero al ofrecimiento falangista para que encabezara su movimiento respondió Ortega con el silencio, ninguneándolos; y de la rendida admiración transitaron al resentimiento.

Así, tras una profunda revisión de la famosa obra *España Invertebrada*, Giménez Caballero dedicó duros reproches a Ortega. Las imputaciones oscilaron entre la de ser un «hipócrita» («no lo es porque no es consciente de su hipocresía») y un «bastardo espiritual» («un hijo de dos madres»). Jugando con las metáforas orteguianas le acusó de parecer una «urraca que pone los huevos en un sitio y el canto en otro». Para el autor fascista Ortega señaló con acierto tanto el diagnóstico como la solución, pero le faltó gallardía para ser coherente con sus propias ideas y encabezar el movimiento. De ahí que Giménez Caballero concluyera que lo único que había que hacer era llevar a la práctica los valores orteguianos aunque Ortega no se pusiera al frente:

La misión de uno es bien sencilla: dar el grito ahora donde están los huevos. Y seguir poniendo los huevos —el acento, el coraje y el valor— donde también están los gritos. Sin miedo a equívocos ya. Sin terror a las consecuencias. Sin importar a uno la excomunión del peor de los espíritus existentes en España desde hace tres siglos: el espíritu hipócrita de la urraca.⁸⁰

La ambivalencia orteguiana exasperó también al otro líder falangista, Primo de Rivera. En 1935 dedicó un artículo a Ortega con un título significativo, «La

política y el intelectual. Homenaje y reproche a D. José Ortega y Gasset». La tesis es la propia del falangismo: Ortega ha señalado el camino pero a la vez no ha querido ponerse al frente. Primo de Rivera ha escrito a Ortega un año antes «creyendo que tal vez el filósofo estaría bien impresionado por el tono intelectual de la Falange, pero no lo estaba» (Payne⁸¹). A diferencia de Giménez Caballero, no le insulta ni menosprecia. Al contrario, trata de salvar a su admirado Ortega recordando que los intelectuales son como los filósofos, viven preocupados por las cosas intemporales, y la política necesita la energía de la inmediatez. El reproche es casi freudiano, «pero no era su silencio, sino su voz lo que necesitaba la generación que dejó a la intemperie. Su voz profética y su voz de mando». Primo de Rivera plantea la inminente guerra civil como si fuera una ofrenda, un Potlatch, el fruto prohibido que Ortega no se atrevió a engendrar pero cuya consecución le será dedicada:

Al final –acaso en un final no previsto, en los instantes de la crítica precursora–, los que lleguen tendrán un recuerdo de gratitud para los que si no vieron del todo la verdad o no tuvieron fuerzas para entronizarla, al menos deshicieron a cuchilladas muchos espantapájaros armados con mentiras. [...] Una generación que casi despertó a la inquietud española bajo el signo de Ortega y Gasset se ha impuesto a sí misma, también trágicamente, la misión de vertebrar a España. Muchos de los que se alistaron hubiesen preferido seguir, sin prisas ni arrebatos, la vocación intelectual... nuestro tiempo no da cuartel. Nos ha corres-

pondido un destino de guerra en el que hay que dejarse sin regateo la piel y las entrañas. [...] Y en esta fecha de plata para don José Ortega y Gasset se le puede ofrecer el regalo de un vaticinio: antes que se extinga su vida, que todos deseamos larga, y que por ser suya y larga tiene que ser fecunda, llegará un día en que al paso triunfal de esta generación, de la que fue lejano maestro, tenga que exclamar complacido: ¡Esto sí es!⁸²

Ya en plena guerra es Giménez Caballero quien vuelve a la carga contra Ortega, al observar cómo se ha quedado en tierra de nadie, purgando su indefinición, «En cambio, don José Ortega y Gasset, último gran heterodoxo de la actitud autónoma ante la vida, padece allá por los refugios de nuestra enemiga Francia, el castigo arcangélico de Adán: la expulsión del paraíso patrio. Ni con unos ni con otros. ¡Quién sabe si algún día su humildad, o nuestra piedad, le aliviarán del fuego que debe consumir sus entrañas en pecado!». ⁸³

En conclusión, la valoración falangista sobre Ortega fue ambivalente: por un lado se le reconocía el acierto en el diagnóstico y su función de «vidente» (Giménez Caballero⁸⁴) al otear el camino; por otro, se le reprochaba incoherencia por no ponerse al frente, por amagar y decepcionar, por arrancar y frenar al instante:

Precisamente, para que un pueblo no se diluya en lo amorfo –para que no se desvertebre–, la masa tiene que seguir a sus jefes como a profetas. Esta penetración de la masa con sus jefes se logra por proceso semejante al amor. De ahí la imponente gravedad del instante

en que se acepta una misión de capitania. Con sólo asumirla se contrae el ingente compromiso ineludible de revelar a un pueblo –incapaz de encontrarlo por sí en cuanto masa– su auténtico destino. (Primo de Rivera).⁸⁵

6. Conclusiones

El pensamiento orteguiano es poliédrico, por lo que resulta difícil encasillarlo en una única posición. En lo que respecta a nuestro trabajo, hemos tratado de comprender qué provocó que los falangistas se fijaran en su pensamiento. Sobre la *anomalía falangista-orteguiana* suele haber tres posturas: a) afirmar que los falangistas no leyeron bien o no comprendieron a Ortega; b) obviar el tema como algo accidental; c) imputar a Ortega la paternidad intelectual de la Falange. En el primer caso se subestima la talla intelectual de los principales dirigentes falangistas con la intención de sobreproteger a Ortega. Nuestro filósofo es un símbolo de la tradición moderna, liberal y culta española, tan necesario como la mitología que rodea la Transición o la monarquía el 23-F, y como tal se le protege; el segundo es muy propio de la historia reciente española, silenciar lo incómodo cuando no coincide con las versiones oficiales; la tercera es una enmienda a la totalidad del pensamiento orteguiano, un intento de descalificarlo a través de uno de sus vástagos, bajo un paradigma en el que todo es blanco o negro.

Estimo que en este trabajo hemos mostrado una cuarta posibilidad, y es que parte del pensamiento orteguiano sim-

plemente era compatible con parte del pensamiento falangista. El fascismo español fue un movimiento sin bases sólidas, sin trayectoria histórica, sin pensadores relevantes en el pasado y movido al albur de los acontecimientos. Nuestra posición es sencilla, y es que de la misma manera en que el falangismo absorbió ideas del catolicismo y del anarquismo, también lo hizo del orteguismo. Una de las aristas de Ortega representaba el conservadurismo antropológico y político, y esta veta fue aprovechada por los falangistas, desechando otras líneas, como el liberalismo político, el raciovitalismo, el relativismo, etc., que no eran compatibles con sus pretensiones. Con otras corrientes de pensamiento ocurrió igual: mimetizaron parte del discurso anarquista y socialista, pero desecharon lo incompatible, desde la abolición de la propiedad privada hasta el ateísmo; del catolicismo absorbieron todo aquello que pudiera legitimar una nueva campaña de colonización-evangelización planetaria, la trascendencia, la espiritualidad, la providencia, la misión, así como su capacidad para cohesionar la sociedad y sublimar los conflictos sociales, desechando las tesis cristianas que pudieran ser incompatibles con el fascismo. El modelo socioeconómico y político orteguiano (hombre masa-élite-vertebración del país-capitalistas y obreros unidos en una empresa común) era compatible con el falangismo de la misma manera en que lo fue la idea de un Jesucristo enviado por Dios para redimir a los seres humanos o la afirmación de que la tierra era para quien la trabajara. El falangismo y el fascismo español se nutrieron, a falta

de tiempo, trayectoria, militantes y pensadores, de retazos tomados de otras corrientes de pensamiento, exacerbándolas, sacándolas de contexto, tergiversándolas o copiándolas literalmente, según el caso. En definitiva el falangismo fue un híbrido, una ideología sin bases sólidas destinada a ser instrumentalizada dadas sus carencias y contradicciones, como así ocurrió cuando fue fagocitada por el nacionalcatolicismo.

Los falangistas se sintieron inspirados fundamentalmente por las ideas orteguianas de carácter socioeconómico, lo que resulta una paradoja, ya que Ortega no se distinguió precisamente por el análisis riguroso de esas cuestiones. Las tesis orteguianas que asumieron los falangistas se podrían resumir en las siguientes afirmaciones: a) el país está invertebrado; b) los países necesitan una minoría, una élite, una aristocracia que se ponga al frente⁸⁶; c) la inmensa mayoría de la población pertenece a la clase del «hombre masa», una clase caracterizada por su resentimiento y odio a lo excelso, así como por su incapacidad para dirigirse a sí misma; d) la forma de vertebrar al país es que la élite se ponga al frente y cree una «empresa en común»; e) esa «empresa en común» permitirá superar los conflictos de clases sociales y aunar a obreros y capitalistas en la búsqueda de un proyecto nacional; f) España debía ser un país de trabajadores en el que todos estén sindicados; g) el capitalismo debía ser reformado, pero no demolido; e) debe haber un Estado fuerte que organice y centralice la economía, superando tanto el colectivismo comunista como el libre mercado capitalista.

A estas tesis orteguianas, los falangistas, y en general el fascismo español, añadieron otras de su propia cosecha pero que estaban íntimamente vinculadas: a) el modelo liberal está caduco; b) los liberales debían unirse a la Falange para evitar que el régimen parlamentario derivara en una revolución comunista; c) la clase obrera debe mejorar sus condiciones de vida, pero no a costa de la burguesía nacional, sino de la clase obrera de otros países; d) la «empresa en común» que aúne a capitalistas y obreros es el Imperio.

La imbricación entre el primer grupo de ideas y el segundo es lo que llevó a los falangistas a la creencia de que el fascismo era la ideología que satisfaría el diagnóstico y el tratamiento impuesto por Ortega, de ahí la sorpresa, decepción, e incluso resentimiento, con que se recibió su negativa a ponerse al frente. A imitación del proyecto italiano y alemán esperaban superar el liberalismo y el comunismo a través de una ideología nueva, tan inconcreta como difusa, pero que vertebrara a España alrededor de una élite y de un proyecto en común. Por eso el fascismo español se vio obligado a continuar adelante sin que su «strong father» (Giménez Caballero⁸⁷) le reconociera el mérito.

Si un grupo de observadores neutrales, con su mente en blanco al estilo de los legisladores de Rawls, tuvieran que calificar una ideología que propusiera la expropiación de los terratenientes sin indemnización, la nacionalización de la banca y de los servicios públicos, la mejora de las condiciones de vida de la clase obrera, que calificara de zángana-

nos y señoritos a los grandes propietarios, que empleara expresiones como revolución, justicia, pan, etc., y que pidiera un Estado fuerte, ese grupo de observadores, cubiertos bajo el manto de la ignorancia sobre los autores de dichas propuestas, tendría serias dificultades para situar en la derecha al falangismo español. El respeto, admiración, y hasta intento de captación, de los falangistas hacia Indalecio Prieto hay que verlo en este contexto de simetría en bastantes puntos entre el discurso socialista y el de Falange.⁸⁸ Examinar la naturaleza del fascismo (forma de socialismo, Popper,⁸⁹ por todos; derivación del capitalismo, Lukacs⁹⁰, por todos) excede a estas páginas, pero es obvio que el problema es demasiado complejo como para simplificar en demasía. En nuestro caso, tanto Ortega como los falangistas muestran las contradicciones de las adscripciones ideológicas típicas.

El pensamiento orteguiano puede ser calificado en general de liberal, pero hay numerosas sombras en esta calificación; a su vez, el falangismo puede ser calificado de extrema derecha, pero también nos encontramos con numerosas lagunas en esta adscripción. El «capitalismo de Estado», propuesto por Ortega y reproducido por los falangistas, es un modelo sociopolítico que está tan alejado del marxismo como lo pueda estar del liberalismo. Para Ortega resolvería la lucha de clases manteniendo en lo esencial los privilegios de su clase; para el falangismo resolvería la lucha de clases sustituyéndola por la de naciones. En ambos casos se aspiraba a mejorar las condiciones de vida de la clase obrera mediante políticas de pleno empleo,

salario digno, sindicación obligatoria y estatalización de los grandes sectores económicos. Discutir si el «capitalismo de Estado» es de izquierdas (socialismo liberal, Ortega) o de derechas (Estado nacional, falangistas) presupone que tenemos claro cuál es el contenido de cada taxón, algo que a estas alturas dudamos.

Otra cuestión era la coherencia del falangismo, es decir, las posibilidades o la voluntad de llevar a cabo realmente su programa. Sus contradicciones (ultracatólicos a la vez que anticlericales; anticapitalistas a la vez que antimarxistas; revolucionarios a la vez que señoritos; poetas a la vez que violentos) llevaron a la postre a que el franquismo dismantelara al falangismo, y a que exfalangistas como Laín Entralgo calificaran a posteriori el discurso izquierdista de la falange como una impostura (*Descargo de conciencia*⁹¹). La contradicción más sublime era considerar que el modelo liberal había caducado a la vez que instaban a los liberales a unirse a ellos con objeto de evitar la deriva marxista de la clase obrera.⁹² Esta esquizofrenia probablemente les permitió apoyarse en un orteguismo sin Ortega.

El falangismo aspiraba a superar la lucha de clases, pero sobre todo a evitar que la clase obrera cayera en el comunismo. Para ello, había que mejorar sus condiciones de vida y a la vez vincularles en una tarea en común, en un proyecto compartido con los capitalistas. En el fondo hay un paternalismo hacia la clase obrera y una ingenuidad en el análisis de las relaciones causales cuya raíz ya estaba en Ortega. Se trataba de su-

perar los conflictos sociales sublimando las desigualdades. La clase obrera no debía ser el «ejército de reserva marxista», sino una legión de hombres masa que debía ser dirigida en aras de un proyecto nacional, sustentado por la inmovilidad en la jerarquía social.

Por supuesto Ortega estaba lejos de la idea de imperio o de conflicto externo, y en eso se diferencia sustancialmente del fascismo. Pero Ortega representa también las contradicciones del liberalismo de la época. Se pretendía una modernización pero sin cambios estructurales y sin reformas sustanciales («¿Cuando se piensa en lo que, a estas fechas, podían haber conseguido los obreros de los capitalistas, sin necesidad de que estos se sintiesen atropellados, al contrario, con su anuencia y positiva colaboración, no sabe uno cómo contener la indignación»⁹³ [...] los terratenientes andaluces han sido injustamente tratados [...] En nuestro tiempo, servir un hombre a otro es una operación inferior, en cierta manera denigrante. Se comprende que así sea, porque en nuestro tiempo reina la fábula convenida de que todos somos iguales» Ortega⁹⁴). Ortega estaba más cercano del paternalismo ilustrado que del neoliberalismo o de los primeros esbozos del Estado social. Su modelo económico («economía organizada») no tiene desde luego nada que ver con el liberalismo, pero tampoco con los orígenes del Estado del Bienestar. Si a esta limitación de los liberales le unimos las ideas de Ortega sobre la jerarquía social, el desdén con el que trató a la plebe, su elitismo, etc., no es de extrañar que los falangistas acogieran sus ideas. Los fascistas españoles trataron de lle-

nar de contenido ese proyecto que Ortega dejaba en el limbo. Por eso no terminaban de aceptar que Ortega no les siguiese, ya que no comprendían qué diferencia había entre el elitismo orteguiano, su idea de la superación de la lucha de clases a través de una empresa en común nacional, y las tesis del falangismo.

En conclusión, con objeto de evitar la deriva marxista proletaria los falangistas trataron de captar a los obreros con un discurso barnizado de izquierdismo. La alternativa al capitalismo no era la socialdemocracia, demasiado burguesa, ni el marxismo, demasiado bárbaro, sino el «capitalismo de Estado» orteguiano. Para ganarse a la clase obrera había que crear una «tarea en común», y dicha empresa era el Imperio, la lucha de conquista, una nueva evangelización, («Significa, desde luego, una grata hegemonía, una gloriosa sensación de poder que beneficia y encumbra ante los demás a la raza que lo ejerce» Onésimo Redondo⁹⁵). Por eso Giménez Caballero era menos cínico que Primo de Rivera: el español de clase baja se sentirá unido a su explotador si observa que puede mejorar su situación a costa de la gente de otro país. De ahí que le prohibieran hablar en público⁹⁶. Se trataba de encauzar el resentimiento de clase y sustituirlo por el espíritu colonial («Es como la aspiración a ser millonarios que, sin duda, aguijonea a diario a todo el que tras de esa aspiración se redime económicamente con su trabajo» Onésimo Redondo⁹⁷). El obrero se conformará con su migaja siempre y cuando ésta sea más grande, *deslegitimando* de esta forma la lucha de clases o, en lenguaje

orteguiano, *la rebelión de las masas* («suprimir con la justicia social el pretexto o la incompleta justificación de la rebeldía de las masas» Onésimo Redondo⁹⁸). Ortega sólo propuso las dos primeras premisas: una aristocracia y una plebe configurada como algo natural e inmutable, y la idea de una tarea en común, una empresa nacional que aunara esfuerzos a la misma vez que preservara las jerarquías. El falangismo continuó añadiendo premisas, para concluir que el espejismo de un proyecto en común legitimaba y justificaba el presente.

Notas

¹ GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, «Ortega y Gasset ante las derechas españolas», en *Revista de Estudios Políticos* (nueva época), núm. 133, julio-septiembre (2006), pág. 111.

² ORTEGA Y GASSET, «Algunos puntos esenciales del programa de la Agrupación al Servicio de la República e indicaciones sobre nuestra organización y propaganda», en OO.CC., XI, Alianza Editorial, Madrid, 1983, pág. 140.

³ GIMÉNEZ CABALLERO, *Genio de España*, Barcelona, Planeta, 1992, pág. 72.

⁴ «Ortega apercibió desde su miradero la nueva valoración del mundo europeo que se avecinaba; militarismo contra pacifismo; jerarquía contra democracia; estado fuerte contra liberalismo; huestes ejemplares (milicias imperiales) contra ejércitos industrializados; amor al peligro frente a espíritu industrial; política internacional y ecuménica frente a nacionalismos de política interior; vuelta a primacías medievales frente a insistencia en valores individualísticos, humanistas. Y sobre todo capitales máximos, responsables y cesáreos [...]» GIMÉNEZ CABALLERO, *Genio de España*, pág. 72.

⁵ PRIMO DE RIVERA, José Antonio, OO.CC., Dirección General de Propaganda, Madrid, 1950, pág. 34.

⁶ «Frente a las economías privadas, burguesas, colocamos una economía sistemática, de Estado, enderezada a fines nacionales [...] Don José Ortega y Gasset, aunque para nosotros sea algo sospechoso de pacto con las ideas antiguas, ha escrito últimamente unos párrafos magníficos, donde vibra de verdad el espíritu que anida nuestras campañas» LEDESMA RAMOS, Ramiro, *La Conquista del Estado*, OO.CC. III, Fundación Ramiro Ledesma-Ramos, Madrid-Barcelona, 2004, pág. 230.

⁷ «Por eso es divinizar al Estado lo contrario de lo que nosotros queremos. Nosotros queremos que el Estado sea siempre instrumento al servicio de un destino histórico, al servicio de una misión histórica de unidad: encontramos que el Estado se porta bien si cree en ese total destino histórico, si considera al pueblo como una integridad de aspiraciones, y por eso nosotros no somos partidarios ni de la dictadura de izquierdas ni de la de derechas, ni siquiera de las derechas y las izquierdas, porque entendemos que un pueblo es eso: una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse.» PRIMO DE RIVERA, José Antonio, OO.CC., pág. 180.

⁸ «Frente al desdeñoso, «¿Libertad, para qué?», de Lenin, nosotros comenzamos por afirmar la libertad del individuo, por reconocer al individuo. Nosotros, tachados de defender un panteísmo estatal, empezamos por aceptar la realidad del individuo libre, portador de valores eternos.» PRIMO DE RIVERA, José Antonio, OO.CC., pág. 365.

⁹ El sexto punto de las normas programáticas de la Falange (noviembre de 1934) establecía lo siguiente: «Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria. Todos los españoles participarán en él a través de su función familiar, municipal y sindical. Nadie participará en él a través de los partidos políticos. Se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos con todas sus consecuencias: su-

fragio inorgánico, representación por bandos en lucha y Parlamento del tipo conocido». PRIMO DE RIVERA, J.A., OO.CC., pág. 338.

¹⁰ En su magnífico artículo sobre el totalitarismo, Fuentes resalta la rapidez con que Ledesma Ramos y Primo de Rivera acogieron el término para su ideología, subrayando las diferencias con la derecha, como por ejemplo con Gil Robles. Sin embargo, estimo que el mismo motivo que explicaba que la derecha no acogiera ese término («Y es que, como el católico italiano Luigi Sturzo, cuya obra era muy conocida en España, Gil Robles rechazaba un concepto que llevaba implícita una ilegítima sacralización del Estado —el «Estado panteísta» del que hablaba Sturzo—, convertido en poder supremo e incontestable en todos los ámbitos de la vida.»), también explica que los falangistas sólo lo aceptaran formalmente, más por imitación que por interiorización. El falangismo, al igual que la CEDA, era católico, y el peso de la Iglesia Católica impide, al menos ideológicamente, un panteísmo estatal.» FUENTES, Juan Francisco, «Totalitarismo: origen y evolución de un concepto clave», *Revista de Estudios Políticos (nuevo época)*, núm. 134, Madrid, diciembre (2006), págs. 195-218.

¹¹ «Afirmamos la libertad primera de España de abolir el imperio de la doctrina liberal-constitucional francesa y organizar, por tanto, los poderes públicos y las libertades del individuo, la familia, el municipio y las asociaciones privadas como convenga al pueblo español, según su experiencia histórica, su cultura propia y sus necesidades y circunstancias [...] La *verdad moral*, que es la primera interesante desde el punto de vista político, existe. A ella nos debemos; es la raíz de nuestra civilización, y debe dedicarse la vida y el entusiasmo de las generaciones jóvenes a defenderla: es el cristianismo [...] La verdad que pudiéramos llamar *social*, en un amplio sentido, existe también. Se deriva de la ley moral y de la experiencia histórica de las generaciones que engendraron la Patria. Esta, la Patria, su cultura nacional y cristiana, nos proporciona las bases primeras para realizar la justicia social deseable: «el dar a cada uno lo suyo» [...] el individuo,

como la familia, tiene derechos naturales, no frente al Estado, pero sí ante el Poder del Estado.» ONÉSIMO REDONDO, «Teoría constitucional», *Igualdad*, núm. 21, 3 de abril de 1933, OO.CC., pág. 373; *Igualdad*, núm. 22, 10 de abril de 1933, OO.CC. II, pag. 377; «Teoría constitucional», *Igualdad*, núm. 26, 15 de mayo de 1933, OO.CC. II, pág. 390.

¹² Así lo contaba Giménez Caballero, «Yo encontré la fórmula ideal de la que surgiría el Falangismo viendo por 1929 en mi barrio de Delicias su Ateneo Libertario o anarco-sindicalista, con su bandera roja y negra, proponiendo «nacionalizarla» con el Yugo y las Flechas, el Haz o Fascio de los Reyes Católicos. Mi propuesta tenía profundas motivaciones, que expresé en mi *Genio de España* (1932): «Piénsese que la fórmula anarco-sindicalista es el refugio más auténtico que ha tomado el «catolicismo popular» en España. Esa enorme contradicción de ser «anárquicos» de una parte y «sindicalistas» de otra parte indica al más ciego la fórmula sustancial del genio popular español: individualista y autoritario» GIMÉNEZ CABALLERO, *Memorias de un dictador*, Planeta, Barcelona, 1979, pág. 84.

¹³ «El anarquismo es indefendible, porque, siendo la afirmación absoluta del individuo, al postular su bondad o conveniencia ya se hace referencia a cierto orden de cosas, el que establece la noción de lo bueno, de lo conveniente, que es lo que se negaba. El anarquismo es como el silencio: en cuanto se habla de él se le niega» PRIMO DE RIVERA, J.A., OO.CC., pág. 367.

¹⁴ «Ledesma consideraba a la CNT como «la palanca subversiva más eficaz» para la conquista del poder, canalizando los «valores de rebeldía de la raza» contra el capitalismo y el internacionalismo marxista. La estrategia subversiva que fue tejiendo y destejiendo a lo largo de su vida política consistía en un acoso al régimen republicano por sus dos flancos: a la izquierda, mediante la paulatina «politización» del sindicalismo cenetista en un sentido nacional, rechazando toda veleidad anarquizante; por la derecha, a través de la captación de ciertos sectores de la clase media gracias a una eficaz campaña

propagandística que incidiera en dos aspectos movilizados clave. [...] los intentos de infiltración en la CNT a través de unos «Grupos de Oposición Nacional-Sindicalista» arrojaron un resultado descorazonador. El proselitismo en el campo no ofreció mejor cariz» GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo, «Camisas de fuerza: fascismo y paramilitarización», en *Historia Contemporánea*, 11, págs. 55-81.

¹⁵ «No el himno de Riego, sino la excelente música que se contenía, sobre todo, en aquel memorable manifiesto de Ortega y Gasset, Marañón y Ayala. Aquel manifiesto, que estaba escrito en la mejor prosa de estos maestros de la prosa, hablaba de poner proa a toda máquina hacia nuevos rumbos, de unirnos a todos en una empresa nueva, transparente y envidiable». PRIMO DE RIVERA, José Antonio, *Juicio sobre la Dictadura y necesidad de la revolución nacional*. 6 de junio de 1934. OO.CC., pág. 206.

¹⁶ ORTEGA Y GASSET. *Circular de la Agrupación al Servicio de la República*. OO.CC., XI. pág. 426; *Comentario a mi propio texto*, Crisol, 31-7-1931, OO.CC., XI. pág. 250.

¹⁷ «Es sabido que los caudillos de las revoluciones son obreros espléndidamente retribuidos o intelectuales de la clase media, como Trotsky. Frente a ellos se encuentra ese tipo semizoológico que el insigne Ortega y Gasset ha descrito como sólo él sabe hacerlo en España. Renunciar a lo superfluo sería para este diablote algo muy doloroso. [...] Porque la tarea que impone al mundo presente es la misma que su tiempo impuso a Séneca o a Loyola y que les hizo concebir la vida como milicia. Y esta es la misión eterna de España. AGUADO, Emiliano. Revista *La Patria Libre*, número siete.

¹⁸ «Patria y justicia para un pueblo sufrido. Nación y trabajo, dijo más tarde Ortega y Gasset» PRIMO DE RIVERA, J. Antonio, «Juventudes a la intemperie», *Arriba*, núm. 18, 7 de noviembre de 1935, en OO.CC., pág. 446.

¹⁹ «Nadie puede reprocharnos de estrechez ante el problema catalán. En estas columnas antes que en ningún sitio, y, fuera de aquí, por los más autorizados de los nuestros, se ha formulado la tesis de España como

unidad de destino. Es decir, aquí no concebimos cicateramente a España como entidad física, como conjunto de atributos nativos (tierra, lengua, raza) en pugna vidriosa con cada hecho nativo local. Lo que sostenemos aquí es que nada de eso puede justificar un nacionalismo, porque la nación no es una entidad física individualizada por sus accidentes orográficos, étnicos o lingüísticos, sino *una entidad histórica, diferenciada de las demás en lo universal por una propia unidad de destino*. España es la portadora de la *unidad de destino*, y no ninguno de los pueblos que la integran. España es, pues, la nación, y no ninguno de los pueblos que la integran. Cuando esos pueblos se reunieron, hallaron en lo universal la justificación histórica de su propia existencia. Por eso España, el conjunto, fue la nación.» PRIMO DE RIVERA, J.A., *España es irrevocable. La unidad de destino*, OO.CC., pág. 411.

²⁰ «¿Pesimismo? No, de nosotros depende. De todos nosotros. Contra la anti España roja, sólo una gran empresa nacional puede vigorizarnos y unirnos. Una empresa nacional de todos los españoles. Si no la hallamos - ¡que sí la hallaremos!; nosotros ya sabemos cuál es- nos veremos todos perdidos. Incluso Azaña, que pasará al recuerdo de nuestros hijos con la maldición de quien destruyó dos ocasiones culminantes.» PRIMO DE RIVERA, «El resentimiento en la política», *Arriba*, núm. 17, 31 de octubre de 1935, en OO.CC., pág. 399

²¹ PRIMO DE RIVERA, «FE EN LA EMPRESA EN COMÚN». Discurso pronunciado en Cáceres el 4 de febrero de 1934, OO.CC., pág. 95.

²² PRIMO DE RIVERA, J.A., «Puntos iniciales (normas programáticas de la falange)», OO.CC., pág. 345.

²³ «[...] Porque es innegable que un día fue el intelecto europeo socialista. Ese día pasó; hoy ya es tarde: el intelecto ya no es hoy simplemente socialista. Es socialista y algunas cosas más. Ahora bien: el partido no puede, por ahora, aceptar a quien no reduzca su interpretación histórica y política del mundo al socialismo. He aquí por qué gentes que somos también socialistas no podemos per-

tenecer a ese partido. [...] Mi ineptitud para el socialismo militante procede de que entendemos esa palabra de distintas maneras. Y mi crítica del socialismo español se reduce a mostrar que los conceptos de Marx solicitan otro régimen político del que sigue. [...] La palabra «nacional» suena ligeramente a nacionalismo. Esto basta para que se tuerza el gesto al escucharla. Sin embargo, ¡cuán poco tiene que ver; Nacionalismo es un concepto agresivo: el nacionalista piensa no tanto en su nación como en las ajenas, no tanto para su nación como contra las otras naciones. El nacional, por el contrario, se preocupa sólo de una labor constructora dentro del ámbito político en que vive. [...] El marxismo conduce fatalmente a esta fórmula: la táctica de puro internacionalismo, es decir, de pura lucha de clases, tiene que estar en razón directa de la potencia económica y moral de las naciones; o lo que es lo mismo: los partidos socialistas tienen que ser tanto más nacionales cuanto menos construidas estén sus respectivas naciones. [...] El día que los obreros españoles abandonaran las palabras abstractas y reconocieran que padecen, no solo como propietarios, sino como españoles, harían del partido socialista el partido más fuerte de España. De paso harían España. Esto sería la nacionalización del socialismo; quiero decir, el socialismo concreto frente a un socialismo abstracto que sólo es eficaz cuando se confunde con los confusos movimientos radicales. Porque todas las gentes de Europa van hacia una internacional bienaventuranza; pero cada cual ha de echar a andar sobre el pie y desde el sitio en que le coja. Lo internacional no excluye lo nacional, lo incluye.» ORTEGA Y GASSET, «El imparcial, 6 de octubre de 1912», OO.CC., X, pág. 206.

²⁴ ORTEGA Y GASSET, «Discurso pronunciado en las Cortes Constituyentes el día 30 de julio de 1931», Diario de Sesiones, 12, T.I, Legislatura 31 a 33, págs. 244-247", OO.CC. XI, pág. 353.

²⁵ «He aquí esas dos palancas: una, la idea nacional, la Patria como empresa histórica y como garantía de existencia histórica de todos los españoles; otra, la idea social, la eco-

nomía socialista, como garantía del pan y del bienestar económico de todo el pueblo», LEDESMA RAMOS, Ramiro, «Discurso a las juventudes de España», OO.CC. IV, pág. 15

²⁶ «La Patria es una unidad total, en la que se integran todos los individuos y todas las clases; la Patria no puede estar en manos de la clase más fuerte ni del partido mejor organizado. La Patria es una síntesis trascendente, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir; y nosotros lo que queremos es que el movimiento de este día, y el Estado que cree, sea el instrumento eficaz, autoritario, al servicio de una unidad indiscutible, de esa unidad permanente, de esa unidad irrevocable que se llama Patria. [...] España puede tener un Estado fuerte, porque es, en sí misma, una unidad de destino en lo universal [...]» PRIMO DE RIVERA, José Antonio. «Discurso de la fundación de falange española.» Discurso presentado en el teatro de la Comedia de Madrid, el día 29 de octubre de 1933. OO.CC., pág. 20; «España y la barbarie», Conferencia pronunciada en el teatro Calderón de Valladolid, el día 3 de marzo de 1935, pág. 34; y «Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo.» Conferencia pronunciada en el Círculo Mercantil, de Madrid, el día 9 de abril de 1935, pág. 51.

²⁷ «Que la empresa nacional resuelve en unidad la dispersión clasista apenas necesita comentario: ahí está el ejemplo de la Alemania nacionalsocialista; la cual, no obstante exigir cuantiosos sacrificios a sus hombres, ha conseguido vencer la lucha social en forma hasta ahora insuperada, sosteniendo y mejorando una justicia social, de un lado, y creando por otro una apasionante empresa nacional [...] La creencia en que España podía ser efectivamente gobernada según este modo de concebir su entidad histórico [...] hemos creído en la posibilidad de una España clara y ejemplar, capaz de pronunciar palabras valiosas para todos los hombres» LAÍN ENTRALGO, *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, pág. 32, y *España como problema*, pág. 671.

²⁸ PRIMO DE RIVERA, J.A., «Ante una encrucijada en la historia política y económica

del mundo», Conferencia pronunciada en el Círculo Mercantil, de Madrid, el día 9 de abril de 1935, OO.CC., pág. 51

²⁹ «Patria y justicia para un pueblo sufrido. Nación y trabajo, dijo más tarde Ortega y Gasset» PRIMO DE RIVERA, J. Antonio, «Juventudes a la intemperie», *Arriba*, núm. 18, 7 de noviembre de 1935, en OO.CC., pág. 446.

³⁰ PRIMO DE RIVERA, «La falange ante las elecciones de 1936», Discurso pronunciado en el Cinema Europa, de Madrid, el día 2 de febrero de 1936, OO.CC., pág. 84

³¹ PRIMO DE RIVERA, «Discurso de proclamación de falange española de las J.O.N.S.», OO.CC., pág. 28.

³² «Necesitamos dos cosas: una nación y una justicia social. No tendremos nación mientras cada uno de nosotros se considere portador de un interés distinto; de un interés de grupo o de bandería» PRIMO DE RIVERA, J.A., «NACIÓN Y JUSTICIA SOCIAL (Luz nueva en España)», en OO.CC., pág. 363.

³³ «La Constitución debe exigir que todo español posea junto a su cédula de vecino su cédula de trabajador. El que tiene capital es preciso que demuestre que se ocupa en hacer rendir a su capital. Esto obliga a formular un Estatuto general del trabajo en el que se determinen y precisen sus diferentes formas y correspondencias. [...] Esta sindicación de todos [...] facilitará superlativamente todo lo demás que es preciso hacer para la transformación social de la colectividad española. Esta transformación social es, a la postre, sin duda una transformación económica, una reforma de la estructura capitalista aún vigente. [...] Obreros españoles, os engañan los que no os dicen que la primera condición para que la economía sea socializada y para que podáis vivir mejor es que se aumente el volumen de la riqueza española. Esto es lo que tenéis que pedir enérgicamente: que el Estado tome el gobernalle de la producción y aprovechando todos los medios, incluso al propio capitalismo, logre agigantar las dimensiones de nuestra economía. Solo en la medida en que esto se haga, sabedlo obreros españoles, será posible la socialización. Por eso, yo propongo un régimen que pueda llamarse de la Economía

organizada – es decir, que en vez de dejar a la total libertad de los individuos el movimiento de la producción intervenga en ella el Estado, sin aplastar al individuo productor, al capitalista, al empresario, antes bien, embarcándolo animosamente en la gran obra colectiva. [...] A una labor como esta seriamente planeada los capitalistas no ofrecerían resistencia – al contrario, por vez primera y precisamente bajo un Estado socializador se sentirían dirigidos por una gobernación seria y alentadora.», ORTEGA Y GASSET, Discurso en el Teatro Campoamor. Oviedo, 10 de abril de 1932. Publicado en *El Sol*, 11 de abril de 1932. OO.CC., XI, pág. 442.

³⁴ Hay que contextualizar adecuadamente esta idea. Como dice Samper sobre la generación de 1914, Ortega pertenece a una generación de liberales «intervencionistas» en lo económico, «Son liberales en cuanto a su talante, heredado en muchos casos, adquirido en otros, pero económicamente, tal vez por influencia costista, defienden un intervencionismo estatal. Aunque no les faltan guiños al socialismo lo descartan por considerarlo excesivamente dogmático. El intervencionismo económico que defienden está sustentado por la idea básica de que todo debe estar supeditado al bien de la nación. Son reformistas porque consideran que el cambio, que debe ser radical en todos los ámbitos de la sociedad, no puede ser sustentado ni debe ser instaurado de forma violenta. Son demócratas en el sentido amplio de la palabra, y a la vez que pretenden un sistema político representativo y con ampliación del sufragio, consideran que el paso previo para conseguirlo es la educación política de la sociedad que haga que se eliminen todos los condicionantes que la escasa formación hace que repercutan en las escalas de la sociedad menos cultas.» PFLÜGER SAMPER, Juan Ernesto, «La generación política de 1914», en *Revista de Estudios Políticos*, (Nueva Época), núm. 112. Abril-Junio 2001.

³⁵ Así, Ledesma Ramos decía, refiriéndose a los sindicatos de clase, que pedían la nacionalización de determinados servicios, pero que «nadie en su seno les ha planteado la

imperiosidad de nacionalizarse los mismos sindicatos, es decir, de situar su lucha y su carácter en un plano nacional de servicio a España y a su economía» LEDESMA RAMOS, Ramiro, «Hacia el sindicalismo nacional de las JONS», *JONS*, I, 6, noviembre de 1933, págs. 241-246, OO.CC., III, pág. 409

³⁶ «El título general de la reforma que propugnamos es la organización de España en un pueblo de trabajadores. Hay que preparar la pronta posibilidad de que la ciudadanía política de cada español implique ineludiblemente su condición de trabajador. Esto obliga a formular un Estatuto general del trabajo en que se determinen y precisen sus diferentes formas y correspondencias. Este Estatuto tenderá a crear la sindicación forzosa de todos los españoles de ambos sexos.» ORTEGA Y GASSET, «Algunos puntos esenciales del programa de la Agrupación al Servicio de la República e indicaciones sobre nuestra organización y propaganda», en OO.CC., XI, pág. 140.

³⁷ «[...] Anteayer subrayábamos nuestras coincidencias principales con el movimiento obrero [...] Hoy nos toca insistir sobre sus posiciones retrógradas [...] Rusia, pueblo naciente, puede permitirse el lujo de soportar dictaduras; pero nosotros somos demasiado viejos para tolerar semejante cosa. Vamos, por el contrario, a todo el socialismo con toda la libertad por medio de toda la democracia. Entre tanto, nos opondremos desde nuestro rincón a la rusificación de Europa. De modo que nuestra política sobre este punto puede resumirse en los varios sentidos de esta expresión: contra sindicalismo, libertad.» ORTEGA Y GASSET, «Discrepancias radicales», *El Sol*, 2 de noviembre de 1919, publicado sin firma, OO.CC., pág. 596.

³⁸ «[...] Se procurará sobre todo crear núcleos de obreros. La aspiración de nuestra Agrupación es fundir los intelectuales y los obreros. [...] creemos que la economía organizada recomienda un gran lanzamiento de la nación a grandes empresas financieras de orden tanto estatal como privado. [...] No creemos que en el mundo se hagan grandes ilusiones ya los capitalistas, pero tienen derecho por lo mismo a que el margen de

actuación que se les deje sea clara y seriamente definido. A nuestro juicio, esta es la condición para que, a un tiempo, aumente la riqueza pública y la economía se vaya transformando en capitalismo de Estado, es decir, quede socializado. Nos parece, pues, estúpido asustar a los capitalistas. Cuando hay que lograr, por el contrario, de buen grado y por su propia inclinación conduzcan ellos la economía a su nueva forma de socialización.» ORTEGA Y GASSET, «Algunos puntos esenciales del programa de la Agrupación al Servicio de la República e indicaciones sobre nuestra organización y propaganda», en OO.CC., XI, págs. 140 y 141.

³⁹ «Por eso yo propongo un régimen que puede llamarse de la «Economía Organizada»; es decir, que en vez de dejar a la total libertad de los individuos el movimiento de la producción, sea planeado por el Estado mismo, como si la nación fuera una única y gigante empresa. Todo ello sin aplastar al individuo productor, al capitalista, al empresario particular; antes bien, embarcándole animosamente, interesándole en el gran negocio colectivo. [...] Vayamos a una economía organizada –más allá del capitalismo y socialismo– en que las grandes líneas del proceso económico sean reguladas por el Estado a fin de que dentro de ellas pueda aprovecharse el esfuerzo insustituible de la empresa privada. Con el obrero y con el capital como órganos de la Nación. Frente al capital y frente al obrero en su egoísmo separatista» ORTEGA Y GASSET, «Discurso en León. Texto de una conferencia en el Teatro Principal de León el día 26 de junio de 1931», OO.CC., XI, pág. 310; y Circular de la Agrupación al Servicio de la República, OO.CC., XI, pág. 428.

⁴⁰ PRIMO DE RIVERA, J.A., «Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo», Conferencia pronunciada en el Círculo Mercantil, de Madrid, el día 9 de abril de 1935, OO.CC. pág. 54.

⁴¹ ORTEGA Y GASSET, «La fiesta del trabajo», *España*, 30 de abril de 1915, OO.CC. X, pág. 309.

⁴² «El derecho al producto íntegro que pide vuestro partido no es sino un medio para que

conquistéis otro derecho: el derecho a la cultura integral humana. [...] El socialismo de Marx es, como veis, solo el medio para conquistar el socialismo cultural. La socialización de los instrumentos de producción es el medio para socializar la ciencia, la virtud. La cultura viene a sustituir la idea mitológica de Dios en su función de socializador. Es tal la conexión indisoluble entre socialismo y cultura que la fuerza de aquel depende de la cultura de cada pueblo. Y los clericales son los representantes de la incultura, los que pretenden oponer al nuevo poder espiritual aquel viejo poder impotente. Aparte de su misión general humana e internacional tiene el socialismo en España esta ilustrísima tarea que cumplir: imponer la cultura; es decir, la seriedad científica, la justicia social. El partido socialista tiene que ser el partido europeizador de España [...] Socialización de la cultura, comunidad del trabajo, resurrección de la moral: esto significa para mí la democracia. En una sola voz: socialismo, humanización.» ORTEGA Y GASSET, «La ciencia y la religión como problemas políticos», Conferencia en la Casa del Partido Socialista madrileño el 2 de diciembre de 2009. OO.CC., X, pág. 125; «Dicho de otro modo, el socialismo, además de socialista, es democrático y es liberal. El Estado que proyecta no permite ninguna dictadura y garantiza la libertad del ciudadano» OO.CC., X, pág. 583. «[...] La mayor parte de los españoles tiene una idea muy vaga sobre qué sea el sindicalismo. [...] El sindicalismo no es simplemente la sindicación. Es una aspiración política perfectamente definida y toto coelo diversa del socialismo. Con este solo tiene de común el propósito de eliminar al capitalista. Pero mientras el socialismo se hace solidario de todos los principios democráticos y liberales creando un poder público en que todos los ciudadanos intervengan por igual (democracia), y que, a la vez, se imponga a sí mismo límites, garantizando ciertos derechos individuales (liberalismo), el sindicalismo aspira a organizar una sociedad sin poder público, sin Estado. [...] Lo esencial del sindicalismo es, pues, la eliminación del Estado» ORTEGA Y GASSET, OO.CC., X, pág. 385.

⁴³ «Y por último, el Estado liberal vino a depurar la esclavitud económica, a los obreros, con trágico sarcasmo, se les decía: «Sois libres de trabajar en lo que queráis». [...] Y así veríais cómo en los países donde se ha llegado a tener Parlamentos más brillantes e instituciones democráticas más finas, no teníais más que separaros unos cientos de metros de los barrios lujosos para encontraros con tugurios infectos donde vivían hacinados los obreros y sus familias, en un límite de decoro casi inhumano. Y os encontraríais trabajadores de los campos que de sol a sol se doblaban sobre la tierra, abrasadas las costillas, y que ganaban en todo el año, gracias al libre juego de la economía liberal, setenta u ochenta jornales de tres pesetas. [...] ahora se muere un obrero y saben los grandes señores de la industria capitalista que tienen cientos del miles de famélicos esperando a la puerta para sustituirle [...] Vosotros habéis visto, como lo hemos visto nosotros, al hombre trabajando de sol a sol por un plato de gazpacho, y habréis descubierto en los confines de los páramos españoles gentes con ojos iluminados, como en los mejores tiempos, capaces de toda empresa, vivir una vida miserable y dolorosa. La existencia de estas pobres gentes pondría los pelos de punta si la viéramos aplicada a los animales domésticos [...]», PRIMO DE RIVERA, José Antonio. «Discurso de la fundación de falange española», Discurso presentado en el teatro de la Comedia de Madrid, el día 29 de octubre de 1933. OO.CC., pág. 18; y «Discurso sobre la revolución española», Discurso pronunciado en el cine Madrid, de Madrid, el día 19 de mayo de 1935, pág. 5; y «Ante la patria en ruinas». Discurso pronunciado en el teatro Cervantes, de Málaga, el día 21 de julio de 1935, OO.CC., pág. 57.

⁴⁴ PRIMO DE RIVERA, OO.CC., pág. 119.

⁴⁵ PRIMO DE RIVERA, «Discurso sobre la revolución española», Discurso pronunciado en el cine Madrid, de Madrid, el día 19 de mayo de 1935, pág. 58.

⁴⁶ «Más todavía: produce el Estado liberal una desigualdad más profunda: la económica. Puestos, teóricamente, el obrero y el capitalista en la misma situación de libertad para

contratar el trabajo, el obrero acaba por ser esclavizado al capitalista. Claro que éste no obliga a aquél a aceptar por la fuerza unas condiciones de hambre, pero le sitia por hambre: le brinda unas ofertas que en teoría el obrero es libre de rechazar, pero si las rechaza no come, y al cabo tiene que aceptarles.» PRIMO DE RIVERA, J.A., «Los fundamentos del Estado liberal. Orientaciones hacia un nuevo Estado», OO.CC., pág. 381.

⁴⁷ «Por otra parte, el liberalismo es la burla de los infortunados: declara maravillosos derechos: la libertad de pensamiento, la libertad de propaganda, la libertad de trabajo... Pero esos derechos son meros lujos para los favorecidos por la fortuna. A los pobres, en régimen liberal, no se los hará trabajar a palos, pero se los sitia por hambre. El obrero aislado, titular de todos los derechos en el papel, tiene que optar entre morirse de hambre o aceptar las condiciones que le ofrezca el capitalista, por duras que sean. Bajo el régimen liberal se asistió al cruel sarcasmo de hombres y mujeres que trabajaban hasta la extenuación, durante doce horas al día, por un jornal mísero y a quienes, sin embargo, declaraba la ley hombres y mujeres «libres»» PRIMO DE RIVERA, J.A., «Nación y Justicia Social. Luz nueva en España», OO.CC., págs. 363 y 364.

⁴⁸ ONÉSIMO REDONDO, «Fragmentos de las ordenanzas de las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica», OO.CC., I, pág. 248.

⁴⁹ ONÉSIMO REDONDO, «La revolución social», (anónimo), *Libertad*, núm. 2, 20 de junio de 1931, OO.CC. I, pág. 27.

⁵⁰ «La socialdemocracia conserva, esencialmente, el capitalismo; pero se dedica a echarle arena en los cojinetes. Esto es un puro desatino.» PRIMO DE RIVERA, José Antonio, «España y la barbarie», Conferencia pronunciada en el teatro Calderón de Valladolid, el día 3 de marzo de 1935, OO.CC., págs. 31 y 33.

⁵¹ LEDESMA RAMOS, Ramiro, *La conquista del Estado*, OO.CC. III, pág. 229.

⁵² «Hay una segunda parte, la que se refiere a lo social, donde el manifiesto de las izquierdas –y esto convendría que los obreros lo

supiesen– se mantiene en los términos del más cicatero conservantismo. Nada que se acerque a la nacionalización de la banca, nada que se acerque al control obrero, nada que sea avance en lo social.» PRIMO DE RIVERA, J.A., «La falange ante las elecciones de 1936», Discurso pronunciado en el Cine-ma Europa, de Madrid, el día 2 de febrero de 1936, OO.CC., pág. 79.

⁵³ «Pero no basta con estas medidas. Hay que llevar a cabo, a fondo, la verdadera revolución nacional agraria. [...] España tiene tierras suficientes para mantener a todos los españoles y a quince más [...] Para esto habrá que sacrificar a unas cuantas familias. No de grandes labradores, sino de capitalistas del campo, de rentistas del campo [...] El pueblo español tiene que vivir. Y no tiene dinero para comprar todas las tierras que necesita. [...] Hay que hacer la reforma agraria revolucionariamente: es decir, imponiendo a los que tienen grandes tierras el sacrificio de entregar a los campesinos la parte que les haga falta. Las reformas agrarias como la que rige ahora, a base de pagar a los dueños el precio entero de sus tierras, son una befa para los labradores. Habrán pasado doscientos años y la reforma agraria estará por hacer.» PRIMO DE RIVERA, J.A., OO.CC., *Arriba*, núm. 18, 7 de noviembre de 1935, OO.CC., pág. 465.

⁵⁴ «Punto 14. Defendemos la tendencia a la nacionalización del servicio de Banca y, mediante las corporaciones, a la de los grandes servicios públicos» PRIMO DE RIVERA, «Principios programáticos de la Falange», OO.CC., pág. 340.

⁵⁵ «Expone que Falange quiere desarticular el régimen capitalista para que sus beneficios queden a favor de los productores, con objeto de que éstos, además, no tengan que acudir al banquero, sino que ellos mismos, en virtud de la organización nacionalsindicalista, puedan suministrarse gratuitamente los signos de crédito [...] Agrega que si Falange llega al Poder, a los quince días será nacionalizado el servicio de crédito, acometiéndose inmediatamente el problema agrario. Quizá llegue pronto el día en que me vea obligado a responder de estas cosas (ova-

ción) [...] el régimen de partidos es incapaz de organizar un sistema económico que ponga a cubierto la masa popular de estas angustias; que tanto unos partidos como otros están al servicio del sistema capitalista [...]. Así, la tarea urgente que tienen los productores es ésta: destruir el sistema liberal, acabando con las pandillas políticas y los tiburones de la banca. Pero para llevarla a cabo se ofrecen dos caminos: el camino comunista y el camino nacionalsindicalista. No hay más salidas. Los dos aspiran a hacer astillas este orden de cosas: los dos quieren un orden nuevo» PRIMO DE RIVERA, OO.CC., págs. 154, 155, 466.

⁵⁶ PRIMO DE RIVERA, J.A., «Puntos iniciales», OO.CC., pág. 348

⁵⁷ Los llamamientos a la clase obrera eran una constante, «¡Obreros los que mandan suspender las obras pantanos y ferrocarriles por «economía», sirven a la burguesía y no al proletariado. Son unos traidores a la causa obrera!» REDONDO, Onésimo, «¡Obreros!», *Libertad*, (anónimo), núm. 7, 27 de julio de 1931, OO.CC., I, pág. 120.

⁵⁸ PRIMO DE RIVERA, J.A., OO.CC., pág. 188.

⁵⁹ REDONDO, Onésimo, *Igualdad*, núm. 32, 26 de junio de 1933. OO.CC. II, pág. 412.

⁶⁰ REDONDO, Onésimo, «Al margen de las Cortes», *Libertad*, anónimo, núm. 5, 12 de julio de 1931, OO.CC. I, pág. 77. Aunque otras veces sí se situaban políticamente, «No nos recatamos en declarar que la posición de LIBERTAD se funde en muchos puntos con la de las llamadas derechas, ni nos repugna el calificativo de ultraderechista que a nuestro semanario se aplica. Somos de derechas en cuanto odiamos y acusamos de complicidad y, más aun, la servidumbre de las llamadas izquierdas a las organizaciones y planes extranacionales y antinacionales como la francmasonería [...] Somos de derechas porque proclamamos la grandeza de la espiritualidad católica para conservar las naciones en perpetua juventud [...] También somos de derechas porque afirmamos el honor histórico de España y su capacidad imperial.» REDONDO, Onésimo, OO.CC., pág. 334

⁶¹ REDONDO, Onésimo, «Elemento sindicalista del nacionalismo», *Libertad*, (anónimo), núm. 40, 14 de marzo de 1932, OO.CC. I, pág. 56; «Antes que nada es preciso invalidar estas denominaciones [...] Las JONS no pueden ser adscritas sin reservas grandes a las derechas. Mucho menos, claro, a las izquierdas, que han sido siempre antinacionales, traidoramente insensibles a la idea de España y en todo momento encanalladamente derrotistas. Quien se califique a gusto entre las derechas o las izquierdas no indica sino su carácter burgués, liberal y parlamentario» LEDESMA RAMOS, Ramiro, *JONS*, OO.CC. III, pág. 384.

⁶² PRIMO DE RIVERA, JA, «A los campos de España», Discurso pronunciado en Carpio de Tajo Toledo), el día 25 de febrero de 1934, OO.CC., pág. 100

⁶³ LEDESMA RAMOS, Ramiro, *La conquista del Estado*, OO.CC. III, pág. 25.

⁶⁴ PRIMO DE RIVERA, J.A., «Discurso de la Fundación de Falange Española», «Ante una encrucijada en la historia política y económica del mundo», «Los fundamentos del Estado liberal», OO.CC., págs. 17, 44 y 379.

⁶⁵ «[...] la hora del Estado liberal ha pasado ya sobre esta vieja guerra europea. Así lo han visto, seguramente, esos obispos italianos que han expresado al Duce sus votos por la victoria totalitaria. [...] Y, sobre todo, así lo vemos muchos y animosos católicos españoles: los que abominamos del caduco tiempo viejo, los limpios de ataduras capitalistas y de nostalgias liberales, los ambiciosos de gloria futura española y católica» LAÍN ENTRALGO, *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, Editora Nacional, Madrid, 1946, pág. 138.

⁶⁶ REDONDO, Onésimo, «El desastre parlamentario», *Libertad*, (anónimo), núm. 14, 14 de septiembre de 1931, OO.CC. I, pág. 225.

⁶⁷ LEDESMA RAMOS, Ramiro, *La conquista del Estado*, OO.CC. III, pág. 119; *JONS* pág. 399.

⁶⁸ PRIMO DE RIVERA, J.A., «Hay que hacer a España», OO.CC., pág. 119.

⁶⁹ PRIMO DE RIVERA, J.A., OO.CC., pág. 85.

⁷⁰ PRIMO DE RIVERA, José Antonio, «Discurso sobre la revolución española.» Discurso pronunciado en el cine Madrid, de Madrid, el día 19 de mayo de 1935, OO.CC., pág. 57; y «Hay que hacer a España». Discurso pronunciado en el teatro Norba, de Cáceres, el día 19 de enero de 1936, OO.CC., pág. 119;

⁷¹ «Cuando hablamos del capitalismo –ya lo sabéis todos– no hablamos de la propiedad. La propiedad privada es todo lo contrario del capitalismo: la propiedad es la proyección directa del hombre sobre sus cosas: es un atributo esencial humano. El capitalismo ha ido sustituyendo esta propiedad del hombre por la propiedad del capital, del instrumento técnico de dominación económica. [...] El capitalismo reduce al final a la misma situación de angustia, a la misma situación infrahumana del hombre desprendido de todos sus atributos, de todo el contenido de su existencia, a los patronos y a los obreros, a los trabajadores ya los empresarios» PRIMO DE RIVERA, J.A., «DISCURSO SOBRE LA REVOLUCION ESPAÑOLA», Discurso pronunciado en el cine Madrid, de Madrid, el día 19 de mayo de 1935, OO.CC., pág. 57

⁷² LEDESMA RAMOS, Ramiro, *La conquista del Estado*, OO.CC. III, pág. 29.

⁷³ «La gran tarea de nuestra generación consiste en desmontar el sistema capitalista, cuyas últimas consecuencias fatales son la acumulación del capital en grandes empresas y la proletarianización de las masas. El capitalismo - ya lo sabéis- no es la propiedad; antes bien, es el destructor de la propiedad humana, viva, directa: los grandes instrumentos de dominación económica han ido sorbiendo su contenido a la propiedad familiar, a la pequeña industria, a la pequeña agricultura...» PRIMO DE RIVERA, J.A., OO.CC., pág. 119.

⁷⁴ «El comunismo es una solución muy problemática a la crisis económica del presente. A lo más, consigue un capitalismo de Estado, meta valiosa, desde luego, pero a la que llegaremos nosotros sin anegar nuestra personalidad en las brumas comunistas [...] Si la sociedad capitalista no tiene suficiente flexibilidad y talento para idear e imponer un

anticapitalismo como el que nosotros pedimos, debe desalojar los mandos y entregar sin lucha sus dominios a las nuevas masas erguidas que los solicitan [...] Porque es inútil engañarse: mientras predomine la economía capitalista, cuyo fin último no trasciende de los intereses de un individuo o de un trust, los Consejos Obreros carecen de sentido» LEDESMA RAMOS, Ramiro, *La conquista del Estado*, OO.CC. III, pág. 159, 93 y 153.

⁷⁵ «A nuestro juicio, esta es la condición para que, a un tiempo, aumente la riqueza pública y la economía se vaya transformando en capitalismo de Estado, es decir, quede socializado.» ORTEGA Y GASSET, «Algunos puntos esenciales del programa de la Agrupación al Servicio de la República e indicaciones sobre nuestra organización y propaganda», en OO.CC., XI, págs. 140 y 141.

⁷⁶ «el *Hombre* ya no sería un Monigote engreído de Cultura y Suficiencia. Sería un hombre con sentido de sus límites y dependencias. Nada de Socialismo ni de Liberalismo. Nada de bastardear el sacro sentido del Trabajo y la Técnica. Vuelta al Sindicalismo Gremial, al sentido religioso de la Técnica y del Trabajo. Cada cual en su puesto: Jerarquía. Y un puesto para cada cual: Armonía, Sistema. (Esto es, Corporación Gremial, funcional). Se restauraría, no el concepto de Derechos del Hombre, sino el sublime concepto cristiano y heroico del *Servicio*, del *Deber*. Del *obligarse* a algo» GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *Genio de España*, pág. 160.

⁷⁷ «La rebelión no fue leída por las clases burguesas a quienes iba dirigido, sino fundamentalmente por los falangistas», SAN MARTÍN, *Ensayos sobre Ortega*, UNED, Madrid, 1994, pág. 39.

⁷⁸ LEDESMA RAMOS, Ramiro, carta a don Enrique Fajardo, Director de «La Voz», OO.CC. IV, pág. 507.

⁷⁹ «¿Y tampoco son fascistas grupos actuales como los Guerrilleros de Cristo Rey, o los Comandos Adolfo Hitler, o la Triple A, que siembran el terror allí donde pasan?»: Mire usted, es que el fascismo tiene muchos aspectos. Tiene un aspecto universal, con teorías heredadas de la Roma católica, con una

serie de facetas pacíficas, nobles, grandes... Y luego está la parte de reacción, de violencia, frente a otros movimientos antagónicos, como es el comunismo. Entonces, cuando se concreta en reacción y violencia, es algo del fascismo, pero no es el fascismo, que comprende toda una ideología, toda una complejidad ideal, cuyas raíces son nietzscheanas, paganas, de «superhombres». Nuestra Generación del 98, que es nietzscheana, y Ortega, y de ellos procedo yo. Nietzsche fue el padre espiritual de Mussolini, de Hitler... y de un Baroja y un Ortega. Nuestros maestros.» «Anatomía de un fascista», entrevista de Fernando Lara a Giménez Caballero, publicada el 13 de agosto de 1977 en Triunfo. GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *Memorias de un dictador*, Editorial Planeta, Barcelona, 1979, pág. 314

⁸⁰ GIMÉNEZ CABALLERO, *Genio de España*, pág. 75.

⁸¹ «El propio Ledesma había soñado durante algún tiempo en atraer a hombres de esta clase. Primo de Rivera escribió una carta a Ortega en 1934, creyendo que tal vez el filósofo estaría bien impresionado por el tono intelectual de la Falange, pero no lo estaba» PAYNE, Stanley G. *Falange. Historia del fascismo español*, (A *History of Spanish Fascism*), Ediciones Ruedo Ibérico, traducción de Francisco Farreras, Madrid, 1985, pág. 70

⁸² PRIMO DE RIVERA, José Antonio, «La política y el intelectual. Homenaje y reproche a D. José Ortega y Gasset», OO.CC., pág. 376.

⁸³ GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *Genio de España. Exaltaciones a una resurrección nacional y del mundo*. Prólogo de Fernando Sánchez Dragó, Planeta, pág. 8.

⁸⁴ «Los fundadores de la Gaceta literaria pertenecen a los fundadores de la república: Gregorio Marañón, Nicolás María de Urgoiti, Ángel Ossorio y Gallardo, Luzuriaga, algunos otros más colaboradores del advenimiento, siendo el padrino inaugural de *La Gaceta literaria* el gran vidente don José Ortega y Gasset.» GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *Casticismo, Nacionalismo y Vanguardia*. Fundación Santander Central Hispano, 2005, pág. 179.

⁸⁵ PRIMO DE RIVERA, José Antonio, «La política y el intelectual. Homenaje y reproche a D. José Ortega y Gasset», OO.CC., pág. 376

⁸⁶ Esta tesis fue muy recurrente. Así, Onésimo Redondo, dirigiéndose a los jóvenes «LAS NACIONES PERTENECEN SIEMPRE A LAS MINORÍAS CON FE Y ORGANIZACIÓN» ONÉSIMO REDONDO, «A los jóvenes», *Libertad*, (anónimo), núm., 2, 20 de junio de 1931- reproducido en el mismo semanario, núm. 87. 11 de junio de 1934, y en Onésimo Redondo, págs. 10-11. OOCC. I, pág. 24; y esta idea es netamente orteguiana: «LA FALTA DE HOMBRES. Por eso el mal de España, ha estado siempre en los hombres: la «falta de hombres», esa exclamación que ha llegado a ser tópico, pero que nunca ha promovido un dinamismo político encaminado corajudamente a corregirla, es la verdadera síntesis de nuestras desgracias de siempre: es la única verdad que justificaría una revolución sincera [...] No hay, pues, buenos caudillos, no hay conductores para el Pueblo, o más exactamente, no hay Maestros» ONÉSIMO REDONDO, *Libertad*, núm. 9, 10 de agosto de 1931, OO,CC. I, pág. 150.

⁸⁷ «Un año después, el libro *La nueva catolicidad. Teoría general sobre el fascismo en Europa: en España* (edición póstuma de un fantasmal sello «La Gaceta literaria», con fecha de 1933) ofrece el nivel más bajo de creatividad y argumentación que hasta ahora hemos visto. El arranque es prometedor, como refutación del strong father que para él había sido Ortega («La palabra Europa es una palabra siempre bárbara alógena para un español. La palabra Europa, además de ser una palabra bárbara para un español, es una palabra fatídica»), MAINER, José Carlos, introducción al libro *Casticismo, Nacionalismo y Vanguardia*, de Ernesto Giménez Caballero. Fundación Santander Central Hispano, 2005, pág. LVI.

⁸⁸ Así, decía Giménez Caballero que, «En cambio, soñé que hubiera podido encarnar tal liderazgo histórico Indalecio Prieto, a quien desde mis *Notas marruecas de un soldado* en 1923 conocía, admiraba y quería, pero le faltó genio y heroísmo. [...] Creo que fue la última vez que le vi cara a cara le insistí que

fuera nuestro Ductor, como Socialista Nacional. «¡pero eso sería hacerme `fascista´» A lo que respondí: «¿Y por qué no, Prieto? ¿Tiene usted idea de lo que significa hoy día el `fascismo´? Usted evitaría que esto cayera en manos de un militar, en la tradición golpista y restauracionista del siglo XIX español» [...] En *La Conquista del Estado* Ledesma Ramos recogió esta propuesta y le brindó a Prieto la Jefatura de las JONS., con su retrato en primera plana. Y después José Antonio aquella de la Falange, que él hubo de afrontar ante la desertión de un socialista verdadero como don Indalecio. Sé que después de la guerra, Prieto conservaba una cierta estima en mí, porque a unos amigos míos republicanos les dijo en Valencia que «otro gallo le hubiera cantado a la República en la propaganda si no hubiéramos perdido a Giménez Caballero» GIMÉNEZ CABALLERO, *Memorias de un dictador*, pág. 80; «La desgracia que nosotros tuvimos es que el Caudillo de nuestro socialismo real no fue un socialista... Lo he escrito en muchos sitios: mi angustia verdadera fue detrás de Indalecio Prieto para que desempeñara ese caudillaje. Prieto eral el Mussolini, el Hitler de España. Pero Prieto, desgraciadamente, era gordo y era pacífico, y tenía talento, pero no genio, y era valiente, pero no fue un héroe» «Anatomía de un fascista», entrevista de Fernando Lara a Giménez Caballero, publicada el 13 de agosto de 1977 en Triunfo. GIMÉNEZ CABALLERO, Ernesto, *Memorias de un dictador*, Editorial Planeta, Barcelona, 1979, pág. 318; y también Primo de Rivera, «El enemigo, vencido en las ideas. Prieto se acerca a la Falange», «He aquí lo que son las cosas. Primero nos derrotaron en las elecciones. Soy, acaso, el candidato más profusamente derrotado que conoce España [...] En este momento no hay un solo político español que no haya adoptado, más o menos declaradamente, puntos y perfiles de nuestro vocabulario. [...] El último neófito ha sido de marca mayor: don Indalecio Prieto. El 1 de mayo se fue a Cuenca y pronunció un discurso. [...] lo cierto es que el discurso del tribuno socialista se pudo pronunciar, casi desde la cruz a la fecha, en un mitin de Falange Española. Algunos párrafos, párrafos enteros, me han oreado el

espíritu como encuentros felices con viejos amigos que uno había dejado de ver» PRIMO DE RIVERA, J.A., OO.CC., págs. 401 y ss.

⁸⁸ «Es en la política donde mejor se advierte este fenómeno, pues tanto el ala marxista de extrema izquierda como el centro conservador de extrema derecha fascista basan sus filosofías políticas en el sistema de Hegel; el ala izquierda reemplaza a la guerra de las naciones, incluida en el esquema historicista de Hegel, por la guerra de clases, y la extrema derecha la reemplaza por la guerra de razas, pero ambas lo siguen más o menos conscientemente.» POPPER. *La sociedad abierta y sus enemigos*, Planeta Agostini, 1992, pág. 223; LUKÁCS, Georg. *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*, Barcelona, Grijalbo, 1972, pág. 102.

⁹⁰ LUKÁCS, Georg. *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*.

⁹¹ LAÍN ENTRALGO, *Descargo de conciencia*, Alianza, Madrid, 1989, pág. 52.

⁹² «El capitalismo liberal desemboca, necesariamente, en el comunismo. No hay más que una manera, profunda y sincera, de evitar que el comunismo llegue: tener el valor de desmontar el capitalismo, desmontarlo por aquellos mismos a quienes favorece, si es que de veras quieren evitar que la revolución comunista se lleve por delante los valores religiosos, espirituales y nacionales de la tradición. Si lo quieren, que nos ayuden a desmontar el capitalismo, a implantar el orden nuevo. [...] Y vosotros electores de Madrid y de España, ¿vais a tolerar la broma de que cada dos años tengamos que acudir con una papeletita a salvar a España y la civilización cristiana y occidental?» PRIMO DE RIVERA, José Antonio, «La falange ante las elecciones de 1936. Discurso pronunciado en el Cinema Europa,» de Madrid, el día 2 de febrero de 1936, OO.CC., págs. 84 y 85.

⁹³ ORTEGA Y GASSET, Discurso en Oviedo. Teatro Campoamor. 10-4-1932. OO.CC., XI, pág. 432.

⁹⁴ «En nuestro tiempo, servir un hombre a otro es una operación inferior, en cierta ma-

nera denigrante. Se comprende que así sea, porque en nuestro tiempo reina la fábula convenida de que todos somos iguales. Como servir implica supeditación y es una actividad que moralmente se ejerce de abajo arriba, servir equivale a romper el nivel de igualdad degradándose por sumersión bajo él. Pero imaginemos un momento el supuesto contrario; que los hombres son constitutivamente desiguales, que unos valen y son más que otros. Entonces toda aproximación del que vale menos al que vale más será un beneficio para aquél; será, en rigor, una ascensión en la jerarquía. Ahora bien: la forma orgánica y no meramente casual de esa aproximación es el servicio. Servir será, pues, la forma de convivencia en que el inferior participa de las excelencias anejas al superior. [...] En los castillos, el servicio no se entendía como un trabajo, y consecuentemente no se pagaba. Nuestras ideas económicas se han empobrecido y simplificado gravemente: casi no conocemos otra forma de retribución que el pago. [...] En la Edad Media se remuneraba al servicio, por no con la intención de pagarlo ¿cómo pagar el esfuerzo de un hombre en torno a otro? Ello equivaldría a desvirtuarlo, a descalificarlo

[...] Mas con todo esto no queda dicho lo más importante y noble de la institución de los «criados» [...] Tal es el sentido de la «criazón» sublime institución social y pedagógica que fue durante siglos vigente en los castillos». ORTEGA Y GASSET, «Ideas de los castillos. Los criados», OO.CC., XI pág. 437 y 439.

⁹⁵ REDONDO, ONÉSIMO, *Libertad*, núm. 12, 31 de agosto de 1931, OO.CC. I, pág. 199.

⁹⁶ «Se acuerda que el Camarada Ernesto Giménez Caballero no vuelva a hablar en público como no sea con autorización expresa de la Junta de Mando.» THOMÀS, Joan Maria, «Actas de las reuniones de la Junta de Mando Provisional de Falange Española de las J.O.N.S celebradas durante el periodo 5 de diciembre de 1936-30 de marzo de 1937», en *Historia Contemporánea*, 7, págs. 335-351.

⁹⁷ REDONDO, ONÉSIMO, *Libertad*, núm. 12, 31 de agosto de 1931, OO.CC. I, pág. 199.

⁹⁸ REDONDO, Onésimo, «La España del porvenir.» Resumen de la conferencia pronunciada en Salamanca, el día 1 de diciembre de 1933", *Libertad* (anónimo), núm. 67, 11 de diciembre de 1933» OO.CC. II, pág. 523.